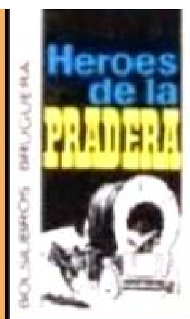
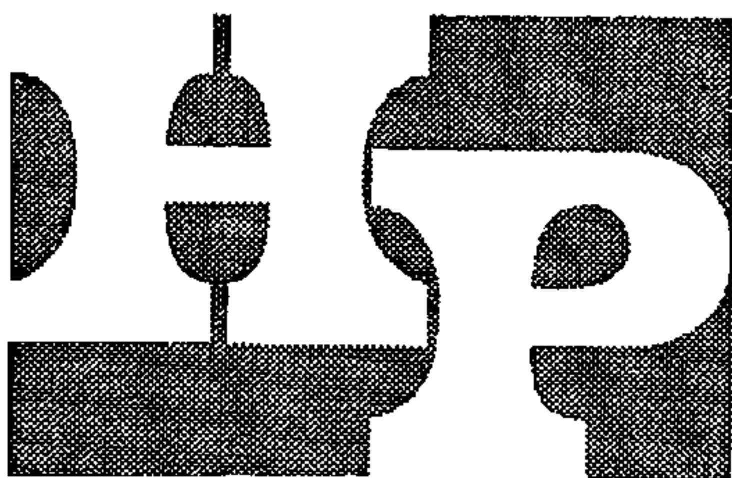


Keith Luger

EL JUEZ DE LA SOGA





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

EL JUEZ DE LA SOGA

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 354
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B 34258-1976

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: octubre, 1976

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Capítulo primero

Betty Carroll estaba sacando agua del pozo cuando vio aparecer en lo alto de la colina a los tres jinetes.

Se apartó el cabello de los ojos para ver mejor. No le parecieron personas conocidas.

—Jimmy —llamó.

Su hijo Jimmy, de nueve años, estaba jugando con un pequeño conejo, y con él en sus brazos, se acercó a su madre.

—¿Quiénes son? —preguntó ella señalando la colina.

Jimmy miró hacia allí.

Los tres jinetes seguían inmóviles.

—No lo sé, madre. Creo que no los he visto nunca.

—¿Y tu abuelo?

—Partiendo leña.

—Llámalo.

Jimmy echó a correr hacia la parte trasera de la casa.

Los tres jinetes seguían allí arriba y Betty sintió un escalofrío porque estaban observando la granja.

Jimmy regresó con su abuelo, Douglas, un hombre de sesenta y cinco años.

Betty no le dijo nada.

Douglas Carroll estaba mirando ya la colina.

—¿Los conoces, padre?

—No… Uno tiene la casaca sudista… Deben ser antiguos soldados de la Confederación.

—Ya dejaron de pasar por aquí. Recuerdo que los últimos cruzaron por la comarca hace más de seis meses.

—Los de la Unión hicieron muchos prisioneros y ahora empiezan a soltarlos. Otra vez comenzarán a pasar hacia México o

California.

En aquel momento los jinetes se pusieron en marcha.

—Vienen hacia aquí —dijo Jimmy—: Iré por la escopeta de papá.

—No, Jimmy —repuso Betty—. Pensarían que los acogemos mal. Vendrán por agua para ellos y sus caballos. Y quizá pretendan comprarnos algunas provisiones. ¿Qué opinas tú, padre?

—No sé.

—Ojalá Spencer estuviese aquí.

—No vendrá hasta dentro de una hora. No tuvo tiempo para ir al pueblo y volver. Sólo hace tres horas que salió. Pero creo que pensaste bien, Betty. No podemos ser desconfiados con ellos. Se alarmarían y sería peor.

Los tres jinetes se acercaban a la granja.

Tiraron de las bridas al llegar delante del pozo donde se encontraban los Carroll, la mujer, el niño y el abuelo.

Los tres llevaban la barba crecida. El que vestía casaca sudista era rubio, con cejas casi blancas, ojos verdosos. Estaba en el centro del terceto.

El que se hallaba a la izquierda era moreno, de sienes hundidas, mejillas chupadas y nariz aguileña. Vestía un traje negro cubierto de polvo.

El de la derecha tenía cara ancha, nariz chata y su señal más característica era una cicatriz en el centro de la frente, una cicatriz fea, rojiza.

—Buenos días —dijo el rubio de las cejas blancas.

—Buenos días —contestó Douglas.

—Estamos de viaje.

—¿Hacia dónde van?

—Todavía no lo hemos pensado. Lo decidiremos más tarde. Sólo queremos que nos presten ayuda.

—No sé si podremos.

—Nuestros caballos están cansados. Necesitan comer. Y también nosotros estamos cansados y queremos comer… Naturalmente, les pagaremos. ¿Qué le parece un dólar por cabeza? Serán tres dólares por todo el servicio.

Douglas Carroll titubeó.

—Está bien.

El de la cicatriz tenía los ojos fijos en Betty Carroll. No los había apartado en ningún momento de ella. Betty era una hermosa mujer de treinta años, de busto desarrollado y era allí donde aquel hombre miraba con insistencia.

—¿Es el viejo su marido, señora? —preguntó.

—No, no lo es —contestó Betty.

—¿Y dónde está él?

Betty sintió otra vez miedo.

—Muy cerca de aquí.

—No vimos a nadie.

—Se nos escapó una ternera. Mi marido fue por ella. Salió hace un rato. Ya debe haberla atrapado. Llegará de un momento a otro… Voy a la cocina a prepararles comida. Ven conmigo, Jimmy.

Betty caminó hacia la casa y Jimmy, después de dirigir una mirada a los tres jinetes, fue tras de su madre.

Douglas también empezaba a sentir temor, pero sabía que no debía demostrarlo. No le gustaba aquella gente. Y sobre todo, no le gustaba la forma como el de la cicatriz había mirado a Betty.

Los tres hombres bajaron de los caballos. El rubio dijo:

—Llevaos mi montura al establo.

Los otros dos hombres se fueron con sus caballos y el del rubio al cobertizo.

El rubio se acercó al pozo donde Betty había dejado el cubo del agua. Cogió un cazo que había sobre una piedra y lo llenó de agua. Bebió derramando mucha en el suelo.

Luego quedose mirando jadeante a Douglas.

—No están acostumbrados a ver gente por aquí, ¿eh?

—¿Por qué dice eso?

—Por la forma en que nos observaron.

—Son extraños. Por eso los mirábamos. Pero pasa mucha gente por aquí.

—Ah, ¿sí? —contestó el rubio echando una mirada a las colinas.

—Esta misma mañana pasaron cuatro hombres.

—¿También se detuvieron en su granja?

—No, ellos pasaron de largo.

El rubio se echó a reír y clavó sus ojos verdosos en los de Douglas.

—Está mintiendo, viejo.

—¿Por qué habría de mentir?

—Porque está muerto de miedo.

—¡Oh, no! Se equivoca…

—Están muy solos. No hay un ser humano en veinte millas a la redonda. Lo sabemos bien… Vinimos por el este y luego nos desviamos hacia el sur y luego otra vez volvimos al este. No encontramos en nuestro camino un condenado pueblo o una maldita granja. Ésta es la primera… Uno de mis compañeros tiene un mapa, ¿sabe? El más próximo pueblo es Rincones y está a muchas millas de aquí.

Douglas se estremeció al oír aquellas palabras.

—Mi nombre es Douglas Carroll, ¿y el de usted?

—¿Por qué quiere saberlo?

—Es corriente que uno quiera informarse de la persona con quien está hablando.

El rubio rió de nuevo y se miró la punta de las botas. De pronto soltó una bofetada a Carroll y éste cayó sobre los cuartos traseros.

—¿Qué ha hecho? ¿Por qué me ha pegado?

—Nadie pregunta mi nombre.

—No le comprendo.

—Se lo he dicho. Nadie me pregunta a mí el nombre.

Los dos compañeros del rubio salieron del cobertizo y se dirigieron hacia el pozo.

El de la nariz aguileña se detuvo ante Douglas, que todavía no se había levantado.

—¿Qué le ha pasado, abuelo? ¿Perdió el equilibrio y se cayó, Paul?

—Eh, abuelo —dijo el rubio—. Ya sabe mi nombre. Soy Paul y ese que acaba de hablar es Jack y el otro es Alex. ¿Lo oyó bien? Paul, Jack y Alex.

—Sí, lo oí.

—Repítalo.

—¿Qué quiere que repita?

—Es un estúpido, abuelo. Quiero que repita los nombres.

—Paul… Jack… Alex… —contestó Douglas con voz débil.

—Levántese ahora, abuelo.

Douglas se puso en pie.

El de la cicatriz se le puso delante.

—¿Es tu hija la mujer, viejo?

—No, es la esposa de mi hijo.

—Pues tu hijo tiene vista. Ella es una mujer estupenda. Colosal. Hace tiempo que no veía una como ella. Te lo digo yo, viejo. Los muchachos me conocen. Mis ojos saben tomar las medidas de una mujer. Y las medidas de la esposa de tu hijo son sensacionales, se la mire por donde se la mire.

Douglas Carroll tuvo la sensación de que se ahogaba. Respiró profundamente, pero no sirvió para aliviarlo.

—Mi hijo vendrá pronto —murmuró porque fue lo único que se le ocurrió.

—Tu hijo no vendrá en un buen rato —repuso Alex—. No vimos a nadie por nuestro camino y no pensarás que nos hemos creído lo de la ternera. Fue una invención de tu nuera.

—No, no fue una invención.

Ahora fue el de la cicatriz el que golpeó a Douglas y lo mandó al suelo.

Douglas escupió sangre porque le había partido el labio inferior.

—¡Es usted un…!

—¿Qué soy? —rió el de la cicatriz—. Anda, viejo, di lo que soy. ¿Un canalla? ¿Un rufián? ¿Un miserable? Dilo, viejo, dilo.

—Han venido aquí en busca de ayuda. Fue lo que dijeron. Nosotros estamos conformes en proporcionársela. ¿Qué más quieren?

El de la cicatriz miró al rubio.

—¿Qué más queremos, Paul?

—No sé, Alex. Quizá lo sepa Jack.

Jack, el de las mejillas y sienes hundidas, sacudió la cabeza.

—Lo queremos todo.

El rubio soltó un salivazo a la tierra.

—Ya lo has oído, viejo… Lo queremos todo.

—No entiendo.

—¿Y por qué no lo entiendes? Te hemos respondido con claridad. Todo, quiere decir el dinero que tengáis en la casa. Todo, quiere decir provisiones de boca.

Alex, el de la cicatriz, dijo:

—Y todo, quiere decir la mujer.

CAPÍTULO II

Douglas Carroll se levantó.

—No están hablando en serio —rezongó.

—Sí, viejo —le contestó Alex, el hombre que había puesto sus ojos en el cuerpo de Betty.

—No tienen derecho.

—¿A qué no tenemos derecho?

—A robarnos… —gritó Douglas—. A atropellarnos.

—Es la guerra —dijo el rubio.

—La guerra ya terminó.

—Nosotros seguimos siendo soldados.

—Queremos ayudarles.

—No nos gusta que nos traten como mendigos, ¿verdad, Alex?

—No, no queremos la caridad de nadie.

Douglas Carroll retrocedió hacia la casa.

—No lo consentiré…

—¿Oís eso, chicos? —dijo Paul—. No lo va a consentir.

Los tres hombres echaron a andar en pos de Douglas.

Carroll dio la vuelta y echó a correr hacia la casa.

—¡Betty…! ¡Jimmy…! ¡Huid…! ¡Son unos bandidos!

Alex tiró del revolver e hizo dos disparos.

Las dos balas picotearon la espalda de Douglas y lo lanzaron de bruces contra el suelo.

Quedó inmóvil, a un metro de la puerta de la casa. Paul fue el primero en entrar, pero en seguida lo hicieron sus dos compañeros.

La mujer salió de la cocina. Los tres hombres se detuvieron al verla.

Los ojos de Betty estaban agrandados.

—¿Qué es lo que han hecho?

Alex observó otra vez el cuerpo sinuoso de la joven.

—Estás muy bien, nena.

—¡Maldito!

—¿Es así como contestas a un hombre que te requiebra?

—¿Qué han hecho con mi suegro?

—Se puso tonto.

Betty echó a correr y fue a pasar entre los tres hombres, pero Alex la cogió por el brazo.

—¿Adónde vas, cariño?

—Quiero socorrer a mi padre.

—Ya no puedes hacer nada por él.

—¿Lo han matado?

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué esa salvajada?

—Ya se lo dijimos a él. Lo queremos todo.

—¡Ustedes están locos! ¿Cómo pueden matar a un ser humano?

—Díselo tú, Paul.

El rubio carraspeó.

—Verá, linda… Hemos pasado años duros. ¿Ha probado a estar sin comer durante cuatro días? ¿Sabe lo que es luchar en el fango dos semanas enteras? ¿Se imagina lo que significa estar cuatro meses en un campo de concentración lleno de miseria?

—¡Yo no fui a la guerra! Pero aunque ustedes hubiesen pasado por todo eso, ¿qué derecho les da a disponer de la vida de los demás?

El rubio Paul dio un suspiro.

—No lo comprende, Alex.

—No, ya veo que no, pero faltó algo en tu historia, Paul.

—¿Qué cosa?

—No hablaste de lo que significa para un hombre estar meses y meses sin ver a una mujer.

—¡Quíteme la mano de encima, puerco! —gritó Betty.

—No, cariño.

—Si no me suelta, lo mato.

—¿Con qué me vas a matar tú, dulzura?

Alex tiró de ella y la besó en la boca. Y de pronto retrocedió soltando un rugido. Betty le había pegado un mordisco. Sus labios echaron sangre.

Paul rió.

—Eh, Alex, te salió tigresa.

Alex se limpió la boca de sangre con el dorso de la mano y rió.

—Es como más me gustan.

Echó a andar hacia Betty, la cual quiso correr hacia la cocina, pero Paul le cortó el camino y ella tuvo que desviarse para no ser alcanzada.

Jack, el de las mejillas chupadas, dijo:

—Olvidáis algo. Al chiquillo.

—Ocúpate de él —dijo Alex.

Jack se fue a la cocina, se asomó y volvió la cabeza.

—No está aquí.

—Muy bien, búscalo —dijo Alex.

Betty exclamó:

—No hace falta que lo busque. No lo va a encontrar.

—¿Y por qué no? —inquirió Paul.

—Le dije que se marchase de la casa y que avisase al señor Robbinson.

—¿El señor Robbinson? ¿Quién es?

—El granjero que vive a dos millas de aquí.

Los tres hombres cambiaron miradas y Paul chasqueó la lengua.

—No la creáis. No hay ningún señor Robbinson. Tampoco hay ninguna granja a dos millas de aquí.

Betty dijo con rabia:

—Será mejor que se marchen antes de que el señor Robbinson y su hijo lleguen.

Alex fue hacia ella.

—¿Quieres meternos miedo? Pero no cuela con nosotros, hermosa… De todas formas nos vamos a dar prisa.

—No se acerque a mí.

—Voy a estar muy cerca de ti, preciosa.

Jimmy apareció por la puerta del fondo con una escopeta y, sin pestañear, hizo fuego sobre el primer hombre que vio, que resultó Paul. No logró alcanzarlo con su bala y en la siguiente fracción de segundo, el rubio disparó varias veces su revólver.

Jimmy se estrelló contra la pared y cayó en el suelo sin emitir una sola queja.

—¡Jimmy! —gritó Betty.

Corrió hacia su hijo y se arrodilló en el suelo.

—¡Jimmy!

El niño había sido alcanzado en el pecho. Tenía allí cuatro agujeros. Sus ojos estaban cerrados.

Betty apretó a Jimmy contra sus senos mientras sollozaba.

—¡Asesinos! ¡Era mi hijo! ¡Mi hijo!

—Tuve que matarlo o él me habría matado a mí —dijo Paul.

Betty dejó a Jimmy en el suelo y cogió la escopeta. Se revolvió haciendo rechinar los dientes.

Alex se le echó encima.

—¡Los mataré! ¡Los mataré! —gritó Betty.

Alex le pegó con el puño cerrado en el mentón.

Betty se derrumbó sin conocimiento.

Tras un silencio, Paul dijo:

—Hay que darse prisa. Los disparos pueden haber sido oídos por alguien.

—No digas tonterías —le contestó Alex—. Quedamos de acuerdo en que no había nadie por aquí.

* * *

Spencer Carroll regresaba de Rincones silbando una canción.

Traía en el carromato la simiente que había comprado. Aquella tierra resultaba buena. Había hecho una prueba durante el primer año. Ya se había decidido a poner en explotación un trozo del valle. Cosecharía el mejor maíz.

Desde la colina divisó su granja.

Le parecía que había algo tirado en la puerta. Dejó de silbar y frunció el ceño. Parecía un hombre.

Movió las bridas para que el caballo fuese más aprisa.

Poco antes de llegar a la granja supo que la persona que estaba tirada en el suelo era Douglas.

—¡Padre! ¿Qué te pasa?

El corazón le dio un vuelco.

—¡Betty! ¡Jimmy!

Nadie le contestó.

Saltó del carromato y echó a correr. Llegó ante su padre y se detuvo al ver los dos boquetes que tenía en la espalda.

Entró en la casa.

—¡Betty! ¡Jimmy!

Se detuvo al ver a su hijo en el suelo contra la pared, lleno de sangre. Su cara se crispó de horror.

—¡Jimmy! ¡Hijo! ¡Hijo mío!

Cogió a Jimmy entre sus brazos y lo aplastó contra su pecho. Lágrimas ardientes resbalaron de sus ojos y le abrasaron las mejillas.

—Jimmy… —murmuró.

Con su hijo en brazos, se levantó y entró lentamente en el dormitorio que compartía con su mujer.

Allí estaba ella, Betty, sobre el lecho.

Pero también estaba muerta.

La sangre le había manado del navajazo que tenía en el cuello.

De pronto, oyó un gemido a su espalda. Era su padre. Dejó a Jimmy en la cama, al lado de Betty, y corrió sin dejar de sollozar.

Su padre se movía.

Le dio la vuelta.

—Padre…

Douglas Carroll abrió los ojos.

—¿Dónde está Betty? ¿Y Jimmy?

Spencer se mordió el labio inferior.

—Están bien los dos, padre.

—Menos mal. ¿Ya se fueron?

—Sí.

—Esos miserables…

—¿Quiénes eran? ¿Cómo se llamaban?

—Me voy a morir.

—Padre, contéstame… Quiero sus nombres.

—Paul… es rubio, cejas blancas… Alex, cicatriz en la frente… Jack…, mejillas y sienes hundidas…

Luego Douglas Carroll murió.

Spencer miró las tres cruces, una junto a la otra. Allí quedaban sus seres queridos, su mujer Betty, su hijo Jimmy, y su padre.

Seis personas le estrecharon la mano dándole la condolencia.

El último fue el *marshall* de Rincones.

—¿Qué sabes de ellos, Richard? —preguntó Spencer con voz ronca.

—Se fueron, Spencer. Tú ya sabes mis alcances. No puedo

seguirlos solo. Una persecución de esa clase podría durar meses y no conseguiría nada.

Spencer cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—No pueden quedar sin castigo.

—No, Spencer. Estoy de acuerdo contigo.

—¿Entonces?

—Sólo hay un medio a tu alcance.

—Existe un hombre que por un precio se ocupa de casos como el tuyo. Su nombre es Kirk Morgan y también le llaman El Juez de la Soga.

CAPÍTULO III

Kirk Morgan estaba en el pueblo de Carrizosa.

Nadie pareció percatarse de su presencia y eso era debido a que era mediodía y los mexicanos que había en la calle dormían, sentados en el suelo, con el sombrero cubriéndoles la cara, a la sombra.

Morgan pasó de largo por la comisaría y se detuvo ante el *saloon* Harrison.

Miró los caballos que había apersogados y se fijó en el tercero, un alazán con una mancha blanca en el anca.

Descabalgó y ató las bridas al poste. Luego subió a la acera de tablones, empujó las hojas de vaivén y entró en el local.

Sólo dio dos pasos y se quedó quieto, desparramando la mirada por el *saloon*. Al fondo, tres hombres jugaban una partida de naipes.

En otra mesa dormía un hombre con la cabeza apoyada en los brazos.

En el mostrador sólo había un tipo que lavaba vasos.

Morgan se acercó al mostrador.

—Un *whisky* —dijo.

El que lavaba los vasos le puso uno delante y escanció de una botella.

—Mucho calor, ¿eh, forastero?

—Mucho.

—Esto no es nada. Dentro de un mes, Carrizosa será insoportable. El año pasado murieron dos personas asfixiadas, y el año anterior, tres. ¿Sabes cómo llaman también a Carrizosa?

—No soy de aquí.

—El infierno de Nuevo México.

—Hay sitios peores.

El mozo soltó un gruñido y quedose rascando el cuello.

—¿Qué le debo? —preguntó Morgan.

—Veinticinco centavos.

Morgan puso en el tablero una moneda de a medio dólar y cuando el otro intentó dar la vuelta, él dijo:

—El resto es para usted.

—¿Otro vaso?

—No, sólo quiero que me diga quién es el dueño del caballo con la mancha blanca.

—Eso es fácil. Es del hombre que está más cerca de la pared, el del cabello rojizo.

—Gracias.

—Se llama Alan Hubert.

—Es el hombre que busco.

—¿Para qué?

—Para ahorcarlo.

El mozo se quedó con la boca abierta mientras Morgan se alejaba hacia la mesa donde los tres hombres jugaban a los naipes.

Se detuvo enfrente del hombre de cabello rojizo. Era el que ganaba porque tenía la mayor parte del dinero que había en la mesa. Alzó los ojos y al ver al forastero dijo:

—¿Quiere jugar?

—Sí.

—Ocupe una silla, pero prepárese a perder. Estoy en la buena racha.

—Ya se le acabó.

El pelirrojo se echó a reír.

—¡Oh, no amigo! Hoy es mi día. Nadie puede conmigo.

Los otros hombres ya estaban mirando a Morgan.

—Yo podré.

El pelirrojo rió otra vez.

—Un fanfarrón, ¿eh?

—No, no soy un fanfarrón.

—Siéntese y demuéstrelo.

—No es la clase de juego que yo voy a jugar con usted.

—¿Es que no le gusta el póquer?

—Usted y yo no jugaremos al póquer, ni a cualquier otro juego de naipes.

—Ah, ¿no? ¿Y qué se le ocurre?

—Jugaremos a ver quién de los dos se muere.

—¿Cómo ha dicho?

—Soy Kirk Morgan.

El pelirrojo se quedó como una estatua.

El jugador que estaba a la derecha dijo:

—El Juez de la Soga —se levantó rápidamente y cogió las dos monedas que había a su lado—. Perdonen, mi mujer me espera.

El otro jugador también se apresuró a guardar su dinero y tartamudeó:

—Tengo a mi primo enfermo… Le dije que pasaría a verlo.

Quiso marcharse tan de prisa que tropezó con una silla y cayó al suelo, pero se levantó como un rayo y continuó corriendo hacia la calle.

El pelirrojo continuaba inmóvil.

—Conque el Juez de la Soga.

—Así me llaman algunos.

—Sé a qué se dedica, Morgan.

—Lo celebro.

—A hacer justicia por su cuenta.

—Así es.

—Lo contratan para eso…

—Está bien enterado, Hubert.

—Y esta vez lo contrataron para que me buscase a mí.

—Sí, Hubert. Así fue. Cometió una canallada y lo tiene que pagar.

—¿Qué le dijeron?

—Algo muy feo. Usted abusó y mató a una joven de dieciséis años.

—Le informaron mal.

—Usted fue visto en Jefferson merodeando el jardín donde estaba la chica.

—No puedo negar que estuve en Jefferson. Pasé allí dos días, pero eso no quiere decir nada —Hubert se recostó en el respaldo de la silla—. No, Morgan. Usted no puede probar que yo hice esa canallada.

Morgan, con mucha tranquilidad, cogió los naipes que estaban boca abajo y los volvió.

—¿Qué hace, Morgan? —sonrió Hubert—. ¿Quizá cambió de idea y quiere jugar conmigo al póquer?

Morgan no le contestó. Siguió buscando entre los naipes y apartó los cuatro ases.

—Un bonito póquer —comentó Hubert mirando los naipes.

—Es el que le hace perder, Hubert.

—No le entiendo. No estamos jugando todavía.

—Se equivoca. Estamos jugando.

—¿Es que está loco?

—Estoy observando los cuatro ases. Están marcados.

—¿Me va a llamar tramposo?

—Cada as está marcado en el ángulo superior izquierdo. Lo hace con la uña del dedo pulgar. También marca los reyes, pero eso no nos importa ahora.

Hubert apretó los maxilares, pero no pronunció palabra alguna.

Morgan sacó un naipe del bolsillo de la chaqueta y lo arrojó sobre la mesa. Era el as de corazones.

—Mire ese naipe, Hubert.

El pelirrojo observó aquel as de corazones.

Morgan continuó hablando con voz monótona, desprovista de emoción:

—Ese as de corazones tiene la misma marca que esos cuatro ases, con los que usted estaba jugando.

—¿Y qué?

—El naipe que yo traje estaba debajo del cuerpo de la joven violada y asesinada. No se dio cuenta de que mientras luchaba con ella, se le cayó.

El pelirrojo había empezado a sudar.

—¡No es una prueba, Morgan!

—¿No?

—Alguien me quitó los naipes. Me di cuenta cuando me marché de la ciudad. Eso es… Un canalla… Un ladrón me robó mis naipes. ¿Se da cuenta? Fue él quien hizo eso con la muchacha. Dejó allí el as de corazones para hacerme responsable…

—No, Hubert. Conozco a un hombre cuando dice la verdad. Está mintiendo.

—Apártese de mi lado, Morgan.

—Lo voy a ahorcar, Hubert.

—No, usted no me ahorcará.

—Sí, Hubert. Lo ahorcaré, y antes de que haya expirado, usted habrá confesado su delito.

—Oiga, Morgan… Suponiendo que usted me crea culpable, no puede ahorcarme. Entrégueme al *marshall*.

—No, Hubert. No puedo hacer eso. Esto es Nuevo México y usted no cometió el delito en Nuevo México, sino en Texas.

Hubert sacó el revólver.

De la mano derecha de Morgan brotó una llamarada.

Hubert soltó un aullido. Su revólver voló y fue a estrellarse contra la pared.

Se miró la mano, pero no tenía un solo rasguño.

—¿Por qué no me ha matado, Morgan?

—Porque ya le di su destino. La soga.

Hubert se humedeció los labios con la lengua.

—Tengo dinero, Morgan.

—Sí, ya veo que lo tiene.

—No me refiero a los cincuenta dólares que gané en esta partida de naipes.

—Eche a andar hacia la puerta.

—Déjeme terminar, Morgan. Tengo doscientos dólares en la cartera.

—Póngase en marcha. Llegó la hora de su ejecución.

Los ojos de Hubert se desorbitaron.

—Morgan, deposité mil dólares en el Banco de Santa Fe. También son suyos. En total, tendrá casi mil trescientos dólares. Es mucho más de lo que le pagaron.

—Sí, Hubert. Es mucho más, porque la madre de esa joven me pagó doscientos dólares para hacer justicia con el asesino de su única hija.

—¡Quédese con los mil trescientos! ¡Yo desapareceré! ¡Se lo juro! Me iré donde quiera y usted hará el gran negocio. Doscientos que recibió en Jefferson y mil trescientos que le doy yo. Suman mil quinientos.

—Ya basta, Hubert. No me puede comprar.

El hombre que dormitaba en la mesa había despertado y miraba la escena pestañeando.

Hubert gritó:

—¡Mil trescientos dólares al que mate a Morgan!

El mozo, que seguía en el mostrador, y el hombre que había despertado, permanecieron quietos.

Morgan pronunció las palabras lentamente.

—Hubert, si no empieza a moverse le dispararé a los dedos. Primero contra los de la mano izquierda, luego contra los de la derecha. ¿Prefiere que lo saque a balazo limpio?

Hubert echó a andar tambaleándose como un borracho.

—¡Llamen al *marshall*! ¡Llámenlo! ¡Cien dólares al que lo avise! ¡Doscientos dólares! ¡Corran! ¿Qué hacen ahí parados? ¡Me van a ahorcar! ¿Es que no lo han oído? ¡Me van a ahorcar!

Morgan lo empujó cuando llegaban a las hojas de vaivén.

Hubert cayó en la acera de tablones.

Morgan saltó donde estaba su caballo. Cogió con la mano libre el lazo y con gran habilidad, arrojó un extremo hacia una viga del porche.

Hubert no se había incorporado todavía, pero contemplaba lo que estaba haciendo Morgan.

Éste se dirigió hacia él con un extremo de la soga, donde había un nudo corredizo.

—¡No! —gritó Hubert y trató de encogerse, pero se movió demasiado tarde, cuando ya Morgan le había pasado el lazo por el cuello. Luego, Morgan dio un tirón fuerte y Hubert aulló.

—¡Morgan! ¡Espere…!

Morgan saltó de la acera y ató el otro extremo del lazo a la silla del caballo de Hubert.

—¡Morgan! ¡Escúcheme! ¡Yo maté a esa joven! ¡Lo confieso! ¡Maté a esa joven! Fue culpa de ella… ¡Yo no quería matarla! Le ofrecí dinero y no quiso… Le iba a dar diez dólares… ¡Ella era muy hermosa! ¡No pude contenerme! ¡No pude…!

Morgan dio una palmada en el anca del caballo y éste salió disparado.

Hubert fue levantado bruscamente. Soltó un grito que cortó en seco cuando su cuello se dobló con un crujido.

El caballo se detuvo cuando el pelirrojo golpeó la cabeza contra el porche. El asesino quedó colgando flácidamente.

Los mexicanos, que poco antes dormían, estaban despiertos y todos miraban al ahorcado.

CAPÍTULO IV

Kirk Morgan volvió a entrar en el *saloon* y tomó posesión de una mesa.

El hombre del mostrador estaba aterrorizado porque, desde allí, podía ver parte del cuerpo que colgaba en el porche.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó Morgan.

—Erich Farrell —contestó el otro con un esfuerzo.

—Quiero comer.

—¿Ha dicho comer?

—Sí, Erich. No le echo nada caliente al estómago desde hace una semana.

Erich salió del mostrador y cerró los ojos cuando pasó cerca de la puerta de la calle.

—¿Le parecen bien unas judías estofadas?

—Demasiado pesado. ¿Tienes verduras?

—Sí.

—Pues eso. Y para luego un trozo de carne de tres dedos de grueso.

—Sí, señor Morgan, y para después le serviré a Rosario.

—¿Cómo?

—Perdón, quise decir que tenemos unas *girls* muy monas, pero Rosario es la más guapa de todas.

—De momento, sólo quiero comer. No acepto que nadie me recomiende una mujer.

—Oh, sí, señor Morgan. Yo sólo quería colaborar, ya sabe, para que usted no perdiese el tiempo.

—Nunca pierdo el tiempo.

Erich se fue hacia la cocina.

Un hombre entró dando trompicones en el *saloon*. Estaba

desgreñado, con el sombrero caído sobre la nuca, en camiseta, y un tirante le colgaba por el lado izquierdo.

—¡Erich! —gritó—. ¿Quién lo ha ahorcado aquí sin mi permiso?

Sacó algo del bolsillo y se lo puso en la camiseta. Era una estrella.

Vio al mexicano que estaba sentado en la mesa y dijo:

—Manuel, ¿sabes algo de eso?

Manuel no dijo nada. Se limitó a señalar con la cabeza al forastero.

El *marshall* echó a andar rápidamente.

—Forastero —dijo—, ¿ha ahorcado usted a ese hombre de ahí fuera?

—Sí, *marshall*.

—Pues se la ganó, amigo. Aquí el único que ahorca es el verdugo, y yo soy el único que lo pone en marcha. Dígame ahora mismo su nombre porque voy a detenerlo en nombre de la ley.

—Kirk Morgan.

—Señor Morgan, yo, como *marshall* de Carrizosa, le voy a poner las esposas.

Se interrumpió de pronto y cerró los ojos.

—¿Qué nombre ha dicho?

—Kirk Morgan.

El rostro del *marshall* empezó a ponerse blanco.

—¿El Juez… de la Soga?

—Así me llaman en algunas partes.

—Cielos, señor Morgan… —el *marshall* abrió el otro ojo—. Retiro lo dicho. Le juro que retiro lo dicho. Usted sabrá perdonarme. No estoy acostumbrado a que me interrumpan la siesta. Me pongo enfermo cuando eso ocurre. Pero las cosas cambian tratándose del Juez de la Soga. Usted me puede despertar cuando le dé la gana.

—No siga, *marshall*, o me dirá que el ahorcado es un bonito adorno para su pueblo.

El *marshall* se echó a reír.

—Es usted gracioso, señor Morgan. ¿Por mucho tiempo en Carrizosa?

—Me marcharé en cuanto haya dormido unas horas.

—Cuánto me alegro… Quiero decir que cuánto me alegro de que

vaya a quedarse un rato en este pueblo.

—Ya puede retirar el cadáver.

—Si usted quiere, lo podemos dejar ahí hasta que se marche.

—No, *marshall*, no tengo el menor interés.

—¿Puedo preguntarle qué hizo ese hombre?

—Violó y asesinó a una joven de dieciséis años.

—Demonios, yo creí que era un caballero. Jugué al póquer ayer con él y me ganó veintiséis dólares.

—Usted es un primo, *marshall*.

—¿Cómo?

—Alan Hubert era un tahúr. Marcaba los naipes.

El *marshall* se quedó con la boca abierta.

—Me lo cobrare. Ahora mismo me cobraré.

Echó a correr y salió a la calle.

Morgan sonrió, pasándose una mano por la cara.

Erich le trajo el plato de verduras. Morgan lo despachó.

A continuación Erich le sirvió la carne. Era jugosa.

Una mujer salió de una habitación. Era rubia y bonita. Se detuvo junto al mostrador, poniendo un brazo en jarras y mirando insistentemente a Kirk.

Éste no le hizo ninguna señal y ella se quedó allí.

Erich dio una palmada y salió otra *girl*, una pelirroja, un poco mayor que la rubia.

Erich les hizo una indicación a las dos para que fuesen hacia Morgan y ellas obedecieron.

Se quedaron delante de la mesa y Morgan alzó la mirada y las observó muy serio.

De pronto se echó a reír. Ellas estaban muy nerviosas y también rieron, aunque forzadamente.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo Morgan—. Tú, rubia, subes dentro de un par de horas. A las cuatro. Y tú, pelirroja, subes a las seis.

Ellas se quedaron asombradas, parpadeando.

—Bien —dijo Morgan—, ya os di cita. Ahora largaos y dejadme en paz.

Las dos *girls* se apresuraron a retirarse y Morgan continuó comiendo la carne.

Un hombre entró en el *saloon*. Estaba cubierto de polvo. Vio a

Morgan y se dirigió hacia él.

—¿Puedo sentarme, señor Morgan?

—Lo siento. Estoy comiendo.

—Mi nombre es Spencer Carroll. Vengo de muy lejos, señor Morgan. He cabalgado durante dos semanas. Lo he estado siguiendo desde entonces. Algunas veces perdí su pista, pero la volví a encontrar.

Kirk miró los ojos de aquel hombre. Vio en ellos reflejado el cansancio.

—¿Quiere encargarme un trabajo?

—Sí, señor Morgan.

—No puedo aceptar.

—¿Por qué no?

—Hay otro cliente antes que usted. Debo ir hacia el Norte en busca de un fulano. Ese trabajo me llevará algunas semanas. Si me da su dirección, me pondré en contacto con usted cuando acabe el negocio.

—Lo mío no puede esperar, señor Morgan.

—Todo puede esperar.

—No, señor Morgan —la voz de Carroll se quebró.

—Me hago cargo de su problema, señor Carroll, pero no puedo hacer nada por usted.

Carroll se dejó caer en una silla.

—Perdone, señor Morgan. Estoy destrozado.

—Duerma un rato y se le pasará.

—No, no se me pasará. No se trata de cansancio físico, señor Morgan.

—Se ha sentido solo durante mucho tiempo. Vuelva con su familia. No le he dicho que renuncio a ocuparme de lo suyo, sino que tiene que guardar su turno.

—No puedo volver con mi familia. Me la mataron. Asesinaron a mi mujer después de abusar de ella. Pegaron cuatro tiros a mi hijo Jimmy, de nueve años. Mataron por la espalda a mi padre…

Hubo un silencio.

El rostro de Morgan se atirantó adquiriendo una gran dureza.

Carroll hundió la cara entre las manos y sollozó.

—Perdone, señor Morgan, no lo he podido evitar.

—No se preocupe.

Carroll se levantó.

—Esperaré, señor Morgan. Pero no regresaré a mi pueblo, a Rincones. Vendí todo. Mi granja y mis tierras. No sé dónde podré estar, pero ya trataré de ponerme en contacto con usted de algún modo.

—Siéntese y cuénteme, señor Carroll.

Spencer se quedó un poco asombrado y luego sonrió con amargura y volvió a ocupar la silla.

Le contó su tragedia. En algunos momentos tenía que interrumpirse y cerrar los ojos con fuerza para no llorar.

Morgan encendió un cigarrillo y durante mucho tiempo lo tuvo en la boca, consumiéndolo, sin inhalar el humo.

Cuando Carroll hubo terminado, repitiendo lo que había dicho su padre acerca de los tres criminales, volvió a ser presa de la emoción. Se restregó los ojos con los puños y finalmente se decidió a sacar el pañuelo.

—¿Se ocupará de mi caso?

—Sí, y será desde ahora.

—Le pagaré todo lo que tengo. Saqué tres mil dólares por mi granja y la tierra. Todo es para usted, señor Morgan.

—No, señor Carroll. Le cobraré quinientos por cabeza.

—Es todo para usted. No quiero un solo centavo —insistió Carroll.

—No —repitió Kirk—. Cobraré quinientos por ahorcar a Paul, quinientos por ahorcar a Alex y quinientos por ahorcar a Jack. Ni un centavo más.

—Como usted quiera.

—¿Hacia dónde fueron?

—Hacia el Oeste.

—¿No ha sabido de ellos?

—No, señor. Pregunté en todas partes, pero nadie los vio.

—Está bien, déjelo de mi cuenta.

—Quisiera… acompañarle, señor Morgan.

—No.

—Pero le puedo servir de ayuda.

—No, señor Carroll. Nunca llevo conmigo a un cliente.

—Manejo bien el revólver.

—No lo llevaría conmigo ni aunque fuese el mejor… Es lógico

que usted no pueda contener sus emociones, señor Carroll. Sería un estorbo. Siempre trabajo solo y no hago excepciones.

—Muy bien. Como usted guste. Me iré a Santa Fe. Estaré allí esperando sus noticias. Hotel Walter.

—De acuerdo.

Carroll sacó un fajo de billetes del bolsillo interior de la chaqueta y se puso a contar. Finalmente separó la mitad y los puso delante de Morgan.

—Aquí tiene sus mil quinientos, señor Morgan.

Kirk tomó el dinero y lo guardó. Se puso en pie y Carroll también se levantó.

Morgan lo miró a los ojos y finalmente le tendió la mano. Cambiaron un apretón.

—Hasta la vista, señor Carroll.

—Buena suerte.

—La necesitaré. Tengo la impresión de que mi trabajo será duro.

Spencer fue a decir algo más, pero cerró la boca y salió del local.

Morgan vio marchar a Carroll y se dirigió al mostrador.

—Erich —dijo.

—Mande, señor Morgan.

—¿Qué te debo por la comida?

—Un dólar cincuenta, pero ya lo pagará todo después.

—Me marcho.

—¿Que se marcha? Pero usted dijo a las chicas…

—Plan suspendido. No puedo entretenerme. Pero diles a ellas que son muy bellas y que es posible que algún día vuelva por aquí.

Dejó dos dólares en el mostrador y se encaminó a la calle.

El *marshall* gritaba a dos hombres:

—¡Manuel! ¡Pedro! ¡Par de vagos! Quiero que quitéis al ahorcado de ahí… Demonios, señor Morgan. ¿Se va ya?

Kirk montó en su caballo y dirigió una mirada al asesino que colgaba del porche del *saloon*.

—Sí, *marshall* —contestó sin apartar los ojos del ejecutado—. Me están esperando en otra parte.

Movió las bridas de su caballo y emprendió un galope.

El *marshall* se santiguó muy aprisa mientras decía:

—¡La muerte! ¡Tiene otra cita con la muerte!

CAPÍTULO V

Los tres jinetes entraron por la calle principal de Las Cruces.

Al pasar frente a la comisaría, el rubio Paul soltó un salivazo en aquella dirección.

Jack se echó a reír.

—Ahí tenemos al flamante representante de la ley.

Alex, el de la cicatriz, dijo:

—Propongo que nos ocupemos de él.

—¿Por qué? —rezongó Paul—. ¿Quieres buscarte complicaciones antes de tiempo?

—No será una complicación. Entramos en la comisaría y tiramos al blanco.

—Nunca se puede saber. Si nos cargamos al *marshall* ahora, pondríamos en guardia a todo el pueblo.

—Los meteremos en cintura.

—No, Alex. Las cosas no se van a hacer así. ¿Qué es lo que vinimos a buscar aquí?

—Dinero.

—¿Y dónde hay más dinero?

—En el Banco.

—Pues es el Banco lo que vamos a visitar. Dispararemos allí.

Jack rió de nuevo.

—¿Qué te pasa, Paul? ¿Empiezan a asustarte los *marshalls*?

—No seas bocazas, Jack. Sólo me estoy preocupando de que las cosas salgan bien.

—Saldrán bien.

—Soy el jefe —recordó Paul—. ¿De acuerdo?

Jack sacudió la cabeza en sentido afirmativo, pero Alex no hizo ni dijo nada.

—Alex —habló otra vez el rubio—, ¿soy el jefe?

—Claro que lo eres.

—Entonces me obedeceréis los dos.

—Sí, jefe. Claro que sí, jefe… Como tú quieras, jefe.

—Eres muy comprensivo —le sonrió Paul con los dientes apretados—. Ya basta de diálogo. Ahí está la cueva de Alí Babá.

El Banco se llamaba James e Hijo.

Descendieron de los caballos y ataron las bridas al poste.

Algunos ciudadanos circulaban por la acera.

Los tres forasteros entraron en el Banco. Éste no era distinto a otros que habían visto con anterioridad.

Había dos empleados y un cajero, con la correspondiente verja divisoria para el espacio destinado al público.

—Quedaos aquí —dijo Paul—. Voy a hablar con el mono de la jaula.

Se dirigió al cajero que estaba atendiendo a un hombre de pelo blanco.

—Me alegro de que su cosecha sea buena, señor Addeson.

—Gracias, Nick. ¿Cómo está tu mujer?

—Ni bien ni mal —contestó el cajero—. El doctor dice que tendremos que esperar algún tiempo para saber si responde al nuevo tratamiento.

—El doctor Parker es bueno. Pondrá bien a tu esposa. Ya lo verás.

—Eso espero, señor Addeson.

Paul sintió deseos de sacar el revólver y pegar en la cabeza al llamado Addeson. Se estaba poniendo pesado con el cajero, pero en aquel momento Addeson se retiró un paso.

—Hasta pronto, Nick, y que se mejore tu mujer.

Tenía un fajo de billetes en la mano. Paul calculó que serían quinientos dólares. No, no podía desaprovechar aquel cliente. Lo tomó del brazo.

—¿Señor Addeson?

Su interlocutor lo miró y frunció el ceño porque no lo identificaba.

—Sí, soy yo.

—Tengo un negocio para usted.

—¿Qué clase de negocio?

—Algo que le va a interesar mucho. Usted debe necesitar herramientas para sus campos.

—¿Se trata de maquinaria moderna?

—Muy moderna.

—Justamente le decía al señor James, el director del Banco, que quería comprar alguna maquinaria. Me hace falta una cosechadora.

—Qué suerte para usted que yo haya venido a Las Cruces, señor Addeson. Tengo la mejor cosechadora.

—Ah, ¿sí? Me gustaría verla.

—En seguida —contestó Paul y sacó el revólver.

Addeson abrió mucho los ojos.

—Aquí la tiene, señor Addeson.

—¿Es una broma?

—No, señor Addeson. Ésta es la mejor cosechadora que se ha inventado.

Jack y Alex tiraron del revólver.

Alex, el de la cicatriz, dijo:

—Esto es un asalto.

Paul lo recriminó:

—Lo tenía que decir yo, Alex.

—Ese estúpido del pelo blanco nos entretuvo demasiado. Me estaba poniendo nervioso.

—Esto no es cosa de nervios.

Los dos empleados y el cajero habían levantado los brazos.

Paul atrapó los billetes que Addeson tenía en la mano.

—Con permiso, señor Addeson.

Guardó el dinero en el bolsillo de la chaqueta y dijo:

—Tírese en el suelo, señor Addeson. Boca abajo, como una rana.

—Sí, señor. Ahora mismo.

Addeson se tendió en tierra. Jack llegó junto a él y le quitó el revólver.

Paul puso una mano en la verja y saltó a la otra parte.

—Bien, caballeros —dijo con una sonrisa—. ¿Quieren hoy regresar a su casa, ver a sus seres queridos y contarles que tres hombres muy malos robaron el Banco?

Los tres empleados movieron la cabeza en sentido afirmativo.

—Estupendo, caballeros. Así me gusta que sean. Comprensivos. Mis amigos y yo estamos necesitados. Y a ustedes les sobran los

billetes por todas partes y no pueden consentir que pasemos hambre y frío. Van a hacer una obra de caridad. Les felicito, caballeros… ¡Cajero!

—A sus órdenes.

—Toda la plata fuera, pero necesitamos una bolsa. No la trajimos. Tendrá que poner la bolsa.

—Sí, señor; tengo varias.

—Dese prisa. No vamos a estar aquí todo el día.

—Sí, señor, ahora mismo meto el dinero en la bolsa.

Paul se dirigió a uno de los empleados, un tipo gordito, con mofletes.

—¡Eh, tú, cara de huevo!

—¿Es a mí, señor?

—¿No te estoy mirando a ti?

—Sí, señor.

—Pues tú eres la cara de huevo. ¿Por qué no hay aquí un vigilante?

—Lo hay.

—¿Y dónde está?

—Salió un momento.

—¿Adonde salió?

—El director quería un *sándwich*.

—¿Te refieres al señor James?

—Sí, señor.

—¿Está en su despacho?

—Sí, señor.

—¿Y el hijo?

—El hijo no está.

—¿Y dónde está, cara de huevo? ¿Es que quieres que te saque todas las respuestas?

—El señor James, hijo, se casó hace tres días y debe estar en su casa.

—¡Vaya! El señor James, hijo, no quiere perder el tiempo y se está divirtiendo en grande con su mujercita recién estrenada. ¿No es eso, cara de huevo?

—Sí, señor. Es eso.

—Abre la puerta del director y dile al señor James que llegó su *sándwich*. ¡Vamos! ¿Qué estás esperando, cara de huevo? ¡Te di una

orden!

—Sí, señor.

El gordito abrió la puerta de la dirección y dijo haciendo un gallo con la voz:

—Su *sándwich*, señor James.

—No hace falta que grites, Joe —se oyó una voz en el interior—. Que pase Ronald con el sándwich.

El gordito quedose desconcertado y se mojó los labios con la lengua sin saber qué decir.

Paul se dirigió hacia la puerta. Vio a un hombre de unos sesenta años que estaba escribiendo sobre una mesa.

—Señor James —dijo—, le comunicaron que tiene su *sándwich*.

El banquero levantó la cabeza y al ver a un hombre desconocido con un revólver en la mano, dijo:

—¿Qué pasa?

Paul levantó el revólver.

—Por este tubo le va a salir la mezcla del *sándwich*, señor James. ¿Cómo lo quiere? ¿A grandes dosis o en pequeñas para que no le indigeste?

James no pronunció una sola palabra, pero se le escapó todo el aire de los pulmones.

—Levántese, ricachón. Quiero que abra la caja grande, en la que guarda los ahorros. ¿Me hago entender?

—Sí, señor —tartamudeó James.

—No intente nada.

—No se preocupe. Obedeceré.

El arca de caudales estaba en un rincón de la estancia y James corrió hacia ella. Movió el dial y después abrió la pesada puerta.

Paul miró hacia el cajero.

—¿Ya terminaste?

—Sí, señor.

—Jack, ocúpate de esa bolsa.

El cajero le dio la bolsa a Jack, quien la sopesó.

—La cosecha es más buena que la del señor Addeson.

Paul desvió los ojos otra vez hacia James. Éste había sacado algunos fajos de billetes que iba dejando sobre la mesa.

—James, ¿tiene un revólver ahí dentro?

El director tragó saliva.

—Sí, señor.

—¿Por qué no lo ha sacado?

—Tuve miedo.

—Lo supe en cuanto le echó el ojo encima. Pensé que podría tener un arrebato de coraje. Pero es un maldito cobarde. Quiero que saque todo el dinero. Hasta el último centavo.

—¿Dónde lo meto?

—¡Cara de huevo! —llamó Paul.

Lo tenía al lado.

—Diga, señor.

—Que te dé el cajero una bolsa. Luego te acercas a la mesa del señor James y echas el dinero.

El mofletudo Joe se movió muy aprisa y poco después estaba llenando la segunda bolsa con el dinero que James había sacado de la caja de caudales.

En ese momento entró en el Banco el vigilante.

Jack giró hacia él y lo apuntó con el revólver.

El vigilante quedó inmóvil, observando a los pistoleros.

—¿Qué es esto?

—Vigilante —le contestó Jack—, no eres nada listo. Eso significa que están robando a tu patrón.

—¡Un asalto!

—Lo que te dije, vigilante. Dame ese *sándwich*.

El vigilante le alargó el *sándwich* y Jack lo atrapó de un manotazo.

—¿De qué es, vigilante?

—De queso.

Jack pegó un mordisco al bocadillo.

—No está nada mal. Estos banqueros comen buenos manjares. Sí, señor, es un buen queso. ¿Quieres, Alex?

—Tíramelo.

Jack le arrojó el *sándwich* a Alex, el cual lo atrapó y le pegó un mordisco. Luego se lo devolvió a Jack.

Paul apremió al gordito desde el hueco del despacho.

—¿Es que no vas a terminar, cara de huevo?

—Ya terminé, señor.

—Trae la bolsa.

Joe corrió a entregársela.

—Tírate al suelo, cara de huevo.

Joe se tendió boca abajo, como había visto que lo hacía Addeson.

James estaba delante de la mesa, tan blanco como un muerto.

Paul fijó sus ojos fríos y despiadados en su rostro.

—Banquero, lo voy a liquidar.

—¡Oh, no! ¡Le he obedecido!

—Sí, me ha obedecido porque es un cobarde. Le contaré una historia triste. Un colega suyo me hizo una mala faena hace tiempo. Le pedí un préstamo y no me lo concedió. Juré matarlo. Pero no pude cumplir mi palabra. Murió durante la guerra. Usted ocupará su lugar, James.

—¡No!

Paul apretó el gatillo.

La bala golpeó contra el pecho de James y lo derrumbó.

Paul se volvió hacia sus compañeros.

—Ya acabamos, muchachos. Nos vamos.

Jack arrojó el sándwich de queso contra el vigilante.

—Nos estás mirando mucho la cara, vigilante. Piensas perseguirnos. Le dirás al *marshall* que tú eres un tipo muy grande y que no puedes consentir que nos larguemos con el dinero. No debiste pensar esas cosas.

—¡No las pienso!

—A nosotros no nos engañarás, vigilante. Te estás aprendiendo todos los detalles. Pero los vas a olvidar en un momento.

Jack apretó el gatillo. Se produjo otro estampido y el vigilante cayó alcanzado en la cabeza.

—¡Basta ya! —dijo Paul—. A la calle.

Primero salieron Jack y Alex. Paul soltó una risita y dijo vuelto hacia los empleados:

—Que nadie salga de aquí durante los próximos cinco minutos o se la gana.

Salió del Banco. Sus dos compañeros ya habían montado en los caballos.

Vio a un hombre correr por la acera de tablones. Tenía una estrella en el pecho.

—Ahí viene el hombre de la ley, muchachos.

Los tres revólveres bramaron.

El *marshall* se detuvo en su carrera e inició una danza macabra. Cayó despatarrado en la calzada y hundió la cabeza en el polvo.

Paul montó en la silla.

La gente había desaparecido de la calle.

—Larguémonos —dijo Paul.

Los tres jinetes lanzaron chillidos y dispararon al aire mientras corrían por la calle.

Y poco después salían del pueblo.

Capítulo VI

Habían hecho un alto en una cabaña abandonada.

—Dieciséis mil quinientos veinticuatro dólares —dijo Paul después de contar el botín—. Repartido entre tres, tocamos justamente a cinco mil quinientos ocho.

Jack bebió un trago de una botella.

—Fue un buen golpe —dijo.

Alex rió estremeciendo los hombros.

—Me estoy acordando del vigilante. Qué cara puso cuando le metiste la bala, Jack. Fue todo un poema.

Paul también rió.

—Tenías que haber visto al banquero cuando le dije que me lo cargaba.

Los tres rieron y se pasaron la botella.

—Bien, chicos —dijo Paul—. Que cada cual tome su parte. Ha llegado el momento de separarse.

—¿Por qué hemos de separarnos? —preguntó Jack.

—Están persiguiendo mucho los robos de Bancos. Hay agencias privadas que se encargan de eso, detectives que buscan a los salteadores hasta el mismo infierno.

—Oh, sí, he oído hablar de la Pinkerton —dijo Alex—. Pero son unos desgraciados comparados con nosotros.

—Estoy de acuerdo. Lo son —repuso Paul—, pero si nos separamos, nunca nos encontrarán. Y cada uno tiene dinero para empezar una nueva vida.

—¿Una nueva vida? ¿A qué llamas tú una nueva vida? —dijo Alex.

—Puedes comprar un rancho, o una granja, o dedicarte a cualquier negocio.

—¿Y por qué no hemos de seguir asaltando Bancos? ¿No crees que sería más lucrativo?

—No, Alex.

—¿Por qué no? Lo de Las Cruces resultó fácil y también resultará fácil el próximo asalto.

—No, muchachos, no pienso seguir arriesgando la piel. Es un consejo que os doy a vosotros. Cada uno debe seguir su camino.

—Está bien. ¿Adónde irás tú?

—A San Francisco. Dicen que se ha convertido en una buena ciudad para un hombre con ambiciones.

—No me gusta la gran ciudad —dijo Alex—. Yo viajaré hacia el Norte. Me gustan esos pueblos de pocos habitantes. Un par de miles a lo sumo. Quizá me dedique al negocio de las maderas. Siempre me han gustado los bosques. ¿Y tú, Jack? ¿Hacia dónde irás?

Jack se rascó una patilla.

—Paul se va al Oeste y tú al Norte. Yo tendré que ir al Sur para completar la separación.

—Allá queda México.

—Pues iré a México. Dicen que allí hay mujeres hermosas y que la vida es muy barata. Sí, muchachos. Iré decididamente a México.

—De acuerdo —dijo Paul—. Cada uno ya sabe dónde tiene que ir. Será mejor que nos larguemos. No creo que nos hayan seguido. Demostramos que somos peligrosos. De modo que aquí se acaba la historia de los tres soldados sudistas que pelearon juntos durante la guerra y escaparon de un campo de concentración.

Sus dos compañeros rieron aquellas palabras.

Luego cada uno cogió su parte del botín y lo guardó.

Se estrecharon la mano.

Finalmente salieron de la cabaña y cada uno montó en su caballo.

—Suerte, muchachos —dijo Paul, y espoleó su cabalgadura.

—Hasta la vista, Jack —dijo Alex—. Y que encuentres hermosas mujeres en México.

—Si alguna vez vas por allí, te prestaré todas las que quieras.

—Trato hecho.

Jack se dirigió hacia el Sur y Alex se fue hacia el Norte.

* * *

Kirk Morgan llegó a Las Cruces.

Se detuvo en la comisaría y llamó a la puerta.

—Adelante —dijo una voz.

Entró en la oficina. Un hombre delgado estaba sentado tras de una mesa.

—Buenos días, *marshall*.

—Mi nombre es Harold Fonda y acabo de estrenar el cargo.

—Sí, me dijeron en el camino que sufrieron ustedes un asalto al Banco hace dos días.

—¿Con quién hablo?

—Kirk Morgan.

El *marshall* enarcó las cejas.

—¿El Juez de…? —se interrumpió.

—Sí, dígalo, *marshall*. No me da vergüenza. El Juez de la Soga.

—¿Qué hace por aquí, Morgan?

—Me informaron que los salteadores fueron tres y justamente yo busco a tres hombres. Podría ser una coincidencia, pero también podrían ser los tres hombres que trato de encontrar. ¿Puede describirlos?

—Tengo una descripción bastante completa y hasta sus nombres. Los dijeron en el transcurso del asalto. Paul, Alex y Jack.

—Son ellos.

—Uno es rubio con cejas blancas, otro tiene una cicatriz en la frente y el tercero es de mejillas chupadas y sienes hundidas.

—Ya no me hace falta ninguna descripción más. Son los tipos que persigo.

—Aquí mataron a tres hombres; al director del Banco, al vigilante y al *marshall*.

—Hicieron por ahí algo peor.

—¿Qué cosa?

—Asesinaron a una familia, a una madre, a un hijo y a un anciano, el abuelo del muchacho. Sólo quedó el padre porque no estaba en ese momento en la granja. Y ya se puede imaginar lo que hicieron con la mujer antes de matarla.

El *marshall* se masajeó el mentón.

—Deben ser tres locos.

—No, Harold, son tres tipos degenerados, tres bichos. Hay gente así. Los conozco bien.

—Sí, usted está especializado en capturar a sujetos de esa calaña.

—¿Hacia dónde fueron?

—Los perseguimos y llegamos hasta una cabaña. Allí encontramos las bolsas que se llevaron del Banco, con el botín. Pero luego vino la decepción. Se separaron después de salir de la cabaña.

—¿Está seguro?

—Me acompañaban buenos rastreadores. No hay duda, Morgan. Uno corrió hacia el Norte, otro hacia el Sur y el tercero hacia el Oeste. No pudimos hacer nada. Éramos seis, y de habernos dividido por parejas, habríamos corrido tras de ellos durante meses sin ningún resultado. ¿Quiere un trago?

—Está bien.

Harold sacó una botella que entregó a Morgan. Éste quitó el tapón y bebió.

—Morgan —dijo el *marshall*—, ¿puede esperar aquí unos minutos?

—¿Para qué? Tengo prisa.

—Sólo perderá un cuarto de hora. Lo hago por su bien. Quiero presentarle a James, el hijo del banquero asesinado. Creo que hará negocio con él.

—Sé lo que quiere decir, pero no aceptaré más dinero por matar a esos tres asesinos.

—El señor James, hijo, le ofrecerá mil dólares. Puede que más.

—No, gracias. Ya le digo que éste es un encargo de otro cliente. No trabajo para dos personas al mismo tiempo. Gracias por su trago, *marshall*.

Morgan salió de la comisaría, montó en el caballo y cuando salió del pueblo, se encaminó hacia el Sur.

* * *

—¿Cómo se llama este pueblo, muchacho? —preguntó Jack.

—San Miguel.

—¿A qué distancia queda de la frontera de México?

—Sólo a cincuenta millas, señor.

El muchacho era mexicano.

—Déjeme que me ocupe de su caballo.

—No, chico. Me voy.

—Mi nombre es José… Su caballo estará bien cuidado. Y también lo estará usted si va a la cantina de Amparo.

—No, gracias. Prefiero cruzar la frontera cuanto antes.

—Diría otra cosa si viese a Mercedes.

Jack iba a mover las bridas, pero se interrumpió.

—¿Mercedes?

José le guiñó un ojo.

—Es muy lista, señor. La más bonita del pueblo. Y la mar de simpática. También es graciosa, y hasta sabe bailar y cantar.

—¿Cuánto te paga ella de comisión?

—Nada, señor. Sólo lo decía porque usted pasase un buen rato. Se le ve muy cansado. Si yo estuviese en su lugar, me quedaría aquí hasta mañana. Todavía le falta un buen trozo para llegar a la frontera. Cincuenta millas es mucho y se está ocultando el sol.

—Eres muy persuasivo, José.

—Eso quiere decir que se quedará —rió el mexicano.

—No tendré más remedio que conocer a esa Mercedes.

Jack descendió del caballo y entregó las bridas a José.

—Quiero que le des una buena friega y un pienso de lo mejor.

—Sí, señor. Su caballo será tratado como un rey. ¿Cómo se llama usted, señor?

—Llámame Jack. Simplemente eso, Jack.

—Gracias, señor Jack.

El forastero entró en la cantina de Amparo.

Toda la clientela era mexicana.

Detrás del mostrador había un hombre grasiento, de tez oscura.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —preguntó a Jack.

—Quiero muchas cosas. Comida, una habitación y a una chica llamada Mercedes.

—Tendrá la comida y la habitación —sonrió el dueño del mostrador—. Pero no puede tener a Mercedes. Está con un cliente.

Jack se miró las manos y de pronto agarró con la derecha a su interlocutor por el cuello.

—¿Qué es lo que dijiste, gordo?

—Que tendrá…

—Sí, ya lo oí. Tendré la comida y la habitación, pero no tendré a Mercedes porque está con un cliente. Pero yo soy Jack Perkins, y cuando Jack Perkins pide una cosa lo quiero todo.

—Sí, señor Perkins.

—Vete a avisar a Mercedes.

—Ahora mismo, señor Perkins.

El gordo salió del mostrador haciendo estremecer sus carnes. Se fue a uno de los reservados, pero reapareció al cabo de un minuto y su cara estaba pálida.

—Señor Perkins.

—¿Qué pasa, gordo? ¿Dónde está Mercedes?

—Está ahí dentro, señor, pero el cliente no quiere dejarla. Dice que él llegó primero.

—Unas palabras muy interesantes. Conque él llegó primero.

Jack se puso en marcha hacia aquel reservado. El grueso mexicano estaba allí como clavado en el suelo.

Jack pasó por su lado y abrió la puerta de la habitación.

Una mujer reía mientras un hombre la besaba en el cuello. Sobre la mesa había una botella de tequila y dos vasos.

Jack cerró la puerta con fuerza para hacer notar su presencia.

El hombre se separó de Mercedes. Era mexicano como ella y poseía cara de rasgos duros.

—¿Qué mosca le picó? ¿Por qué entró sin permiso? ¡Lárguese, gringo!

—Usted es un indecente.

—¿Cómo ha dicho?

—¿No le da vergüenza hacer eso con una mujer?

—¿Pero qué está diciendo? ¡Ella es Mercedes, una empleada de la cantina!

—Usted es un puerco.

—¿Eh?

—Uno de esos animalitos de cuatro patas y con el rabo rizado.

—¡No le consiento eso! —El mexicano se puso en pie—. Soy Romualdo Ramírez.

—¿Y qué más?

—Y González.

—¿Y qué más?

—Y Villaviciosa.

—¿Y qué más?

—Ya no me acuerdo. Pero a usted le basta. ¡Salga inmediatamente si no quiere que le meta una bala en la barriga!

—Me estoy muriendo de miedo, Romualdo Ramírez González y Villaviciosa.

—Mercedes, dile a cuántos hombres he matado.

—A tres —contestó la joven.

Jack observó a Mercedes.

—¿Qué está mirando? —dijo Romualdo.

—A la chica.

—Está prohibido.

—¿Y quién lo prohibió?

—Yo. Anda, Mercedes, dile a cuántos hombres maté.

—Ya lo dijo, estúpido —contestó Jack y echó a andar hacia el mexicano.

Romualdo retrocedió.

—¡No dé un paso más, gringo!

Jack se detuvo y entonces Romualdo sonrió jactanciosamente.

—Váyase, gringo. Le conviene no enfadarme más.

—Romualdo, quiero que coja la escupidera que hay en el rincón y se la ponga como sombrero.

—¿Qué?

—Contaré hasta cinco y para entonces ha de tener puesta la escupidera.

—No está hablando en serio.

—Uno.

—Está loco.

—Dos… Tres…

—¡Maldita sea, lo voy a coser con plomo!

Romualdo estaba perdiendo su entereza. Se le veía cada vez más nervioso.

—Cuatro.

—¡Me pondré la escupidera!

Romualdo se volvió hacia el rincón y dio dos pasos, pero, de pronto, se revolvió con un cuchillo en la mano.

Jack estaba preparado y le pegó un puntapié en la muñeca.

El cuchillo se fue por el aire.

Jack se arrojó sobre Romualdo pegándole bofetadas.

—¡Maldito, te voy a arrancar la piel!

—¡Me pondré la escupidera! ¡Me pondré la escupidera!

Jack le estrelló el puño cerrado en las narices.

Romualdo cayó sobre los cuartos traseros mientras su apéndice nasal estallaba en sangre.

Jack tenía los ojos desorbitados por la furia.

El mexicano cogió la escupidera y se la volcó por la cabeza.

—¡Mire, ya la tengo puesta!

—¡Sal de aquí a cuatro patas!

El mexicano se puso sobre las manos y las rodillas y gateó hacia la puerta.

Jack le pegó un puntapié en las nalgas para darle más prisa.

El mexicano no veía y estrelló la cabeza contra la puerta. Jack la abrió y Romualdo salió corriendo.

Jack cerró y se volvió hacia la joven, que lo observaba con admiración.

—¿Por qué hiciste todo esto, gringo?

—Por ti.

—¿Es cierto? ¿Por mí?

—Sí, Mercedes. Me dijeron que eras linda, pero no podía imaginar que lo fueses tanto. Iba a cometer una tontería. Cruzar la frontera sin conocerte.

Mercedes se acercó a él con movimientos felinos estirándose la falda por las caderas.

Jack se quedó quieto.

Mercedes le echó los brazos al cuello y lenta, muy lentamente, fue acercando su cara a la de Jack mientras decía:

—Eres un valiente y a mí me gustan los hombres valientes. Me vuelven loca.

Jack aplastó sus labios contra los de ella.

CAPÍTULO VII

Jack despertó en la cama.

Observó por la ventana que el sol estaba muy alto.

—¡Mercedes!

—Aquí estoy. Preparándote el desayuno.

Jack se desperezó.

Demonios, aquella Mercedes merecía la pena haber hecho un alto en aquel pueblo. ¿Cómo se llamaba? Oh, sí, San Miguel.

Mercedes se asomó por el hueco de la cocina. Sonrió.

—Buenos días, Jack.

—Buenos días, preciosa.

—Tienes mucho dinero.

—¿Eh?

—Te registré.

—¡Debería cortarte las manos!

—No soy una ladrona, Jack.

Ella desapareció otra vez en la cocina y habló desde el interior.

—¿Adónde vas, Jack?

—A México.

—Llévame contigo. Hace cinco años que no veo a mi familia.

—¿Qué familia tienes?

—Un padre, una madre y diez o doce hermanos.

—¿No sabes el número de tus hermanos?

—Cuando me marché eran diez, pero ahora pueden ser doce o catorce.

—No, no te llevaré. No quiero conocer a una familia tan numerosa.

—Si tú quieres, no pasamos por mi pueblo. Es que quiero ir contigo.

—¿Por qué?

—¿Por qué quiere una mujer ir con un hombre? Porque a ella le gusta ese hombre.

—No quiero casarme.

—Nadie te pide que te cases conmigo.

Jack cogió un cigarrillo de la mesilla de noche y la caja de fósforos. Encendió el cigarrillo y dio una larga chupada llevando el humo a los pulmones.

Mercedes salió de la cocina con una bandeja. En ésta había huevos fritos con tocino y tazas con café negro.

—Demonios, eso es un buen desayuno —dijo Jack al ver el contenido de la bandeja.

—Para mi amor.

Ella puso la bandeja sobre las piernas de Jack y luego se inclinó sobre él y lo besó en la boca.

En aquel momento llamaron a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mercedes.

—José.

—Márchate, José, no nos haces falta.

Jack se metió un trozo de huevo en la boca.

—¿No está ahí el señor Jack, Mercedes?

—A ti no te importa.

—Es que tengo un recado para él.

—Ya se lo darás más tarde.

—Es urgente. Fue lo que dijo el hombre.

—Lárgate. Jack no quiere recibir ninguna visita.

Jack había dejado de masticar al oír las últimas palabras.

—¿José?

—Diga, señor Jack.

—¿A qué hombre te refieres?

—Señor Jack, será mejor que abra la puerta. Lo que tengo que decirle es muy grave y si grito, lo van a oír.

Mercedes se levantó de la cama.

—A ese mocoso le voy a dar dos bofetadas por interrumpir cuando no debe.

—Ábrele, Mercedes, y déjalo pasar —dijo Jack.

—¿Por qué tiene que molestarnos ahora?

—¡He dicho que le abras!

—Como tú quieras.
Mercedes abrió la puerta.
—Entra, muchacho —dijo Jack.
José entró en la estancia y la joven cerró la puerta.
—Habla, José —dijo Jack—. ¿A qué hombre te refieres?
—Llegó al pueblo hace un rato. Me vio en la calle y me preguntó. Lo siento, señor Jack, pero yo creí que era amigo suyo. Dio su descripción.
—¿Qué más?
—Ese hombre me mandó a darle un recado.
—¿Cuál es el recado?
José tragó saliva.
—No me atrevo a decirlo.
—Dilo, José.
—Ese hombre debe estar mal de la cabeza. Dice que ha venido a ahorcarle a usted.
—¿A ahorcarme?
—Sí, señor.
—Será a detenerme.
—No, señor Jack. Dijo que ha venido a ahorcarlo. Me lo repitió dos veces para que no tuviese duda.
—¿Te dijo su nombre?
—Sí, señor.
—Suéltalo ya, José. ¿Cómo se llama?
—Kirk Morgan.
Jack dejó caer el tenedor en el plato.
—¿Estás seguro de que dijo ese nombre, José?
—Sí.
Mercedes se santiguó.
—¡El Juez de la Soga!
En la estancia se hizo una larga pausa.
Jack dio un manotazo a la bandeja y todo lo que contenía cayó por el suelo, los huevos, el tocino y el café. Los platos y las tazas se rompieron.
—¿Por qué te sigue ese hombre, Jack? —preguntó Mercedes.
—No es asunto tuyo.
—¡Te ahorcará!
—¡Nadie me va a ahorcar!

—Morgan siempre ha cumplido su palabra. Oí hablar de él. No falló nunca.

—¡Fallará por primera vez! ¡Y calla la boca! ¿Dónde está ese hombre, José?

—Lo dejé en la calle.

—¿En qué parte?

—En el callejón contiguo a la cantina.

—¿Hay alguna ventana por la que se pueda disparar? Me refiero a ese lado de la cantina.

—No, señor. Por ahí sólo está el muro.

—Quiero que me hagas un favor, José. Te lo pagaré bien.

—Diga, señor.

—Coge mi caballo y llévalo a la parte trasera de la cantina. Que no se dé cuenta Morgan.

—Sí, señor. Le llevaré el caballo donde usted dice.

Jack cogió un puñado de billetes de su chaqueta y los puso en la mano de José.

—Son diez dólares.

—Nunca había ganado tanto dinero, señor Jack.

—Te daré otros diez cuando me vaya a marchar. Pero recuérdalo, Morgan no se tiene que dar cuenta de nada.

—No lo olvidaré —dijo José y salió corriendo de la habitación.

Jack salió de la cama y empezó a vestirse.

Mercedes estaba en la pared, los brazos cruzados, muy seria. Jack la miró.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no hablas?

—Estoy asustada. Tú también lo estás.

Jack le soltó una bofetada.

—Yo nunca he temido a nadie. Tampoco puedo temer a ese asqueroso Juez de la Soga. ¿Lo oyes bien? ¡No le tengo miedo!

—Pero quieres huir.

—¡Cállate!

—Si te marchas, te seguirá. Yo sólo pienso en eso. Si te quieres librar de él, sólo lo conseguirás matándolo.

Jack respiró profundamente…

—Sí, Mercedes… Creo que tienes razón. Iba a cometer una locura. No puedo marcharme. Ese condenado Morgan me seguiría hasta México. Tengo que matarlo.

Se puso el cinturón y desenfundó el revólver asegurándose de que no faltaba un solo plomo en el cilindro.

—Iré por él, Mercedes.

Ella se abrazó a él. Buscó la boca de Jack.

—Déjame —dijo Jack—, no hay tiempo ahora para eso.

—Dame el dinero.

—¿Qué?

—El dinero. Yo te lo guardaré.

—No, cariño. El dinero es mío y yo lo guardo.

—Pero Morgan te podría…

Jack subió la mano al cuello de Mercedes y se lo apretó.

Mercedes lo miró con ojos aterrorizados.

—Cuidado, me ahogas.

—Debería ahogarte. Piensas que me matará. Por eso me aconsejaste que me enfrentase con él. Y, naturalmente, tú serías la depositaria del dinero. Por eso me lo pides. Piensas que no volveré a por él porque estaré muerto.

—No, Jack, no lo dije por eso.

—Entonces, ¿por qué lo dijiste?

—No lo sé… No lo sé…

Jack la arrojó sobre la cama y salió de la habitación.

Sacó el revólver cuando llegaba a la escalera y se acercó poco a poco a la esquina. Asomó la cabeza. La cantina estaba desierta y en el mostrador sólo se encontraba el hombre gordo.

—Enrique —lo llamó.

El dueño levantó la cabeza.

—¿Dónde está el gringo?

—No entró. Debe estar por la calle.

Jack bajó la escalera.

Enrique parecía de piedra.

Jack se fue acercando a la puerta de la calle y miró por encima de las hojas de vaivén, pero no vio tampoco a Kirk Morgan. Pegó un salto y salió al porche. Quedó en cuclillas. Giró rápidamente apuntando con el revólver a derecha e izquierda… Pero en ninguna parte descubrió a Kirk Morgan.

Apretó los maxilares.

Estuvo tentado de llamar a Morgan. ¿Por qué no estaba allí esperándole? ¿Y si Morgan tenía más miedo que él? ¿No era una

ocasión para quitárselo de encima? No, no podía creer lo que le habían dicho acerca de Morgan, que era un hombre de hierro, un hombre que nunca sentía miedo. No existía esa clase de hombres. Todos tenían miedo.

—¡Morgan!

Ya lo había decidido.

—¡Maldito Juez de la Soga! ¿Dónde estás?

Nadie le contestó y se echó a reír. Había acertado. Morgan estaba lleno de miedo. Él también tenía miedo, pero el de Morgan era más grande.

—¡Morgan! ¡Juez piojoso! ¡Aquí estoy! ¡Jack Perkins te busca!

Siguió el silencio, como si se encontrase en un pueblo vacío, donde no hubiese el menor rastro de vida.

Lanzó una carcajada.

—¡Morgan…! ¿Es que sólo ahorcas a los desgraciados? ¡Aquí me tienes! ¿No viniste a buscarme? ¡Soy Jack Perkins! ¡Ya sé lo que tú eres, Morgan! ¡Un ahorcador de gatos!

Lo vio aparecer por la esquina de una casa. Kirk Morgan manejaba el revólver con la diestra. Y en la otra mano llevaba una soga.

Jack disparó.

La bala golpeó contra la esquina.

Morgan disparó también. La bala agujereó el brazo izquierdo de Jack y lo hizo girar.

Entonces el pánico se apoderó de Jack Perkins. Sus ojos parecieron salírsele de las órbitas.

Echó a correr para ganar la próxima esquina. Quería llegar cuanto antes a la parte trasera, donde José le habría dejado el caballo.

Morgan hizo otro disparo, Jack sintió que el proyectil le abrasaba el muslo. Lanzó un chillido de dolor. Giró para hacer frente a Morgan e hizo fuego otra vez, pero la bala pasó demasiado alta porque su mano temblaba demasiado. Morgan avanzaba hacia él con pasos medidos. Observó su cara que parecía tallada en granito.

—¡No, Morgan! No voy a consentir que me ahorques.

—Tira ese revólver, Jack.

—¡No lo tiraré!

Jack se dispuso a disparar, pero Morgan apretó el gatillo antes. El «Colt» se desprendió de la mano de Jack. Éste, al encontrarse sin armas, quiso ganar la esquina.

Algo zumbó sobre su cabeza. Era el lazo. Se le metió por el cuello y tiraron de él.

Se desplomó pegando gritos.

Morgan lo arrastró por el polvo con fuerza.

Jack se llevó las manos al cuello para quitarse aquel lazo, pero no lo pudo conseguir porque Kirk Morgan tiraba y tiraba de él.

Llegaron a una encina que había junto a una de las casas.

Morgan pasó la cuerda por encima de una fuerte rama. Pegó un silbido y su caballo, que estaba cerca, galopó hasta allí. Morgan pasó rápidamente el lazo por el arnés. Luego se acercó a Jack.

—Jack, tú y otros dos hombres hicisteis algo espantoso. Cometisteis uno de los más repugnantes delitos. Matar a un niño, abusar de una mujer y asesinar a un anciano. Por eso mueres, Jack Perkins.

Dio otro silbido y el caballo arrancó.

—¡No! —empezó a gritar Jack y fue bruscamente alzado del suelo.

Su cuerpo se retorció. Su cara se crispó, se puso roja, y el aire se le fue escapando por entre los dientes y abrió las fauces. Se estremeció varias veces y luego sus piernas colgaron como las de un muñeco. Sus brazos también bajaron y quedaron colgando a lo largo de sus costados.

Kirk desató la cuerda de su caballo y ató el extremo a una piedra.

Los hombres empezaron a salir de las casas y también algunas mujeres. Todos se santiguaban al ver al hombre ahorcado en la encina.

Morgan montó en su silla y se acercó al cadáver de Jack Perkins. Le metió la mano en el bolsillo y le sacó el grueso fajo de billetes.

—¿Quién es el alcalde aquí? —preguntó Morgan.

Un hombre se acercó aprisa.

—Yo soy el alcalde. Luis Olmos, para servirle.

—¿Tienen escuela?

—No, señor. El pueblo es pobre.

Morgan le arrojó el fajo a los pies.

—Aquí tiene unos cuantos miles para su escuela, alcalde.

Aquel hombre hizo un gesto de asombro.

Morgan lo apuntó con el dedo.

—Es sólo para la escuela, alcalde. Recuérdelo. Si me entero de que dentro de un mes no está funcionando esa escuela, volveré aquí y lo ahorcaré también.

Morgan fustigó su cabalgadura y emprendió un galope camino del norte.

CAPÍTULO VIII

—¿Cómo se llama este pueblo, abuelo? —preguntó Alex.

—Roseville.

—¿Cuántos habitantes tiene?

—Unos mil quinientos.

—Gracias, abuelo.

Le había gustado aquel pueblo cuando lo vio desde la colina. Era como él había soñado. Se hallaba ubicado en un extenso valle de verdor, y por cuyo centro corría un río. No hacía falta preguntar si la comunidad era rica. Se notaba en sus casas.

Descabalgó ante el *saloon* Dreyer.

En el local había mucha gente y la mayor parte de los clientes se divertían con *girls*.

Compraría una pequeña granja, pero no utilizaría su nombre. Alex Bresson había muerto cuando se separó de sus compañeros, Paul Willer y Jack Perkins. Todavía no había elegido el nombre, pero ya sabría cómo llamarse cuando fuese a la oficina del agente de Bienes Raíces.

Bebería un par de tragos y luego iría en busca del agente.

Un hombre tropezó con él y Alex se disculpó a pesar de que no era el responsable. El otro se le quedó mirando.

—¿Es que no tiene ojos en la cara?

Era un tipo alto de cejas espesas y hocico saliente.

Alex sintió deseos de sacar el revólver y meterle unos cuantos plomos en el cuerpo, pero pensó que eso no le convenía. ¿No estaba decidido a cambiar de vida, a ser un granjero modelo?

—Lo siento —volvió a repetir haciendo un esfuerzo.

—Es nuevo, ¿eh?

—Acabo de llegar.

—Pues tenga cuidado. No me gustan los tipos torpes.

Alex sacudió la cabeza sin decir nada y siguió andando hacia el mostrador.

Oyó cómo el otro se reía a su espalda. Tuvo que hacer otro esfuerzo para contenerse.

—Un *whisky* —pidió al mozo, que no se había perdido la escena.

El empleado le dirigió una mirada de desprecio y le puso el vaso delante.

—¿Lo va a beber con agua? —Era una burla.

—Lo beberé solo.

—Lo decía por si se mareaba.

—Haré todo lo posible para seguir en pie.

—Espero que así sea.

El mozo le escanció y se marchó al otro lado del mostrador sin dejar de reír.

Alex estaba lleno de furia. No había llegado con buen pie a Roseville. En un momento, había quedado allí como un cobarde. Cerró los puños con fuerza.

En aquel momento se originó un altercado en una mesa.

—No, *marshall*, usted no me va a detener a mí —se oyó una voz.

Era el de las cejas espesas y hocico saliente, y se estaba dirigiendo al representante de la ley, que acababa de entrar en el local.

—Ted, hay una acusación contra ti. Y es muy seria. Robo de ganado. Tendrás tu abogado. Se hará todo conforme a la ley.

—No, *marshall*, he dicho que usted no me detiene a mí.

—Ted, será mejor que te entregues.

—No me voy a entregar.

El llamado Ted estaba sonriendo, en contraste con el *marshall*, cuyo rostro aparecía serio.

—Voy a cumplir con mi deber, Ted.

—¿Y cómo lo va a cumplir?

—Llevándote a la celda, aunque sea a la fuerza.

Ted hizo chasquear dos dedos y un hombre se apartó del mostrador y fue hacia él.

De repente, los dos tiraron del revólver.

El *marshall* todavía estaba desenfundando cuando empezó a recibir plomo.

Las *girls* gritaron y luego se hizo un silencio.

El *marshall* estaba muerto en el suelo. Tenía cuatro agujeros en el pecho, a la altura del corazón.

—Él se lo ganó —dijo Ted—. No ha nacido todavía el tipo que me detenga a mí.

Miró desafiante a los hombres que había en el local. Muchos bajaron la mirada al suelo.

El acompañante de Ted dijo:

—Será mejor que nos vayamos.

—Sí, Sam. Pero no hace falta tanta prisa. Todos saben que somos los dos hombres más rápidos con el revólver en esta comarca.

Tampoco nadie dijo nada.

Ted y Sam rellenaron de plomo los compartimentos vacíos del revólver y luego Ted dijo:

—Beberemos un trago en el mostrador y luego nos iremos, Sam.

—¿Por qué perder el tiempo?

—Nunca se pierde el tiempo por beber un trago. ¿Oyes, Quinn? Sírvenos dos vasos.

Quinn, el mozo que se había burlado de Alex, escanció en los vasos.

Ted y Sam bebieron. Para ese entonces estaban completamente tranquilos y enfundaron el revólver.

—Está bien, Sam —dijo Ted—. Ya nos podemos ir.

Echaron a andar hacia atrás camino de la calle.

—Esperen —dijo una voz.

Era Alex.

Los dos hombres que acababan de matar al *marshall* se detuvieron.

Ted reconoció al hombre con el que había tropezado antes y le sonrió.

—¿Has dicho algo?

—Sí, que esperen.

—¿Y a qué tenemos que esperar, forastero?

Alex sentía un cosquilleo por la garganta. Siempre le había gustado matar. Durante la guerra había liquidado a no menos de treinta soldados. Disfrutaba con apretar el gatillo, y sobre todo, saboreaba el momento de meter la bala en un hombre que estuviese corriendo porque le recordaba la cacería de liebres en Arkansas, su

tierra natal. Ya se había dado cuenta de que, a pesar de que quería cambiar de vida, volvía a sentir aquel deseo. Ése era el significado del hormigueo.

—Le he hecho una pregunta, forastero —oyó a Ted.

—El *marshall* dijo que quedaba usted detenido.

—Sí.

—Por robo de ganado.

—Sí.

—Y que sería sometido a juicio.

—Sí.

—Y ahora usted y su compañero han matado al *marshall*.

—Sí.

—Los dos irán a la cárcel.

—¿Y quién nos va a detener?

—Yo.

—¿Y quién es usted? ¿Algún otro *marshall*?

—No, sólo un forastero, como usted dijo.

—¿Cuál es su nombre?

Ya había llegado el momento de decirlo y todavía no se encontraba en la oficina del agente de Bienes Raíces.

—Bernard Russell. Ése es mi nombre.

—Se la ganó, Russell.

Ted sacó al mismo tiempo que su compañero.

Y entonces todos pudieron ver algo extraordinario. Alex había flexionado las piernas y de su revólver, manejado con la mano derecha, salía plomo mientras hacía girar el cilindro con la izquierda.

Ted y Sam se estaban desplomando y mandaban sus balas alocadamente hacia el techo.

Alex tenía los ojos muy abiertos, llenos de resplandor, y su labio inferior colgaba babeante. Se sentía como en ningún otro momento de su vida. Lleno de poder.

Al fin su gatillo golpeó en el vacío.

Repuso la munición en medio de un silencio sepulcral. Se volvió hacia el mostrador.

Aquel mozo que se había burlado de él lo observaba con una gran admiración.

—Un *whisky*, muchacho.

—Sí, señor, ahora mismo —tartamudeó el mozo.

Algunos hombres hablaron en una mesa. Tres de ellos se levantaron y fueron a donde se encontraba Alex.

—¿Señor Russell? —dijo el de más edad.

Alex lo miró y apuró el contenido de su vaso.

—Queremos darle las gracias por lo que ha hecho.

—No hay de qué.

—¿Va hacia alguna parte?

Alex sonrió.

—Me había gustado el pueblo. En un principio pensé quedarme. Pero no se preocupe. Me largaré.

—No queremos eso, señor Russell. Todo lo contrario. Deseamos que se quede.

—Ah, ¿sí?

—Como *marshall*.

Alex sintió deseos de reír. Era la primera vez que le ofrecían el cargo de representante de la ley. A él, a Alex Bresson. Sí, era la mar de divertido. ¿Y no era eso lo que le convenía? Un *marshall* podía matar. Demonios, hasta ahora no había visto aquella posibilidad. Pero tenía una razón para ello. Había odiado a los *marshalls*, a los *sheriffs*, a todo el que llevase una insignia, y ahora aquellos hombres le estaban ofreciendo que él fuese nada menos que el *marshall* de Roseville. Sonaba bien. Bernard Russell, *marshall* de Roseville.

—¿Qué contesta, señor Russell?

—Acepto —dijo.

—Enhorabuena.

Y así fue cómo Alex Bresson, el asesino, se convirtió en Bernard Russell, *marshall* de Roseville.

CAPÍTULO IX

Alex estaba satisfecho.

Llevaba un mes de *marshall* en Roseville. Los ciudadanos lo seguían admirando. Y también las mujeres. Siempre le había preocupado aquella cicatriz en su frente que lo afeaba, pero nunca pudo imaginar que la cicatriz fuese un detalle positivo para el rostro de un *marshall*. Eso le imprimía más dureza y no era un obstáculo para que las mujeres se enamorasen. Ahora podía elegir entre media docena. Tres de ellas eran *girls*, pero otras tres eran honestas, y dos muy ricas.

En muchos momentos habría escrito a Paul y a Jack, si hubiese conocido su dirección. Les habría contado la clase de gran hombre en que se había convertido.

Rió una vez más, Jack había ido a México en busca de mujeres hermosas y él las tenía allí, a su alcance, de todos los tamaños y con distinto color de cabello.

Estaba sentado tras de su mesa. Las saetas del reloj marcaban las nueve de la mañana.

Se abrió la puerta y entró su ayudante. Lo había heredado del *marshall* anterior. Se llamaba Carl Nielsen.

—Señor Russell… ¿Quién ha puesto esa horca?

—¿Qué horca?

—La que cuelga del roble que hay al final de la calle.

—No sé de qué hablas, Carl.

Alex se levantó y dio vuelta a la mesa.

Nielsen había dejado la puerta abierta y Alex salió al porche de la comisaría. Se detuvo junto a las columnas y miró a la derecha.

No pudo evitar un escalofrío al comprobar que Nielsen tenía razón. Del roble, al final de la calle, colgaba una horca que el aire

hacía balancear suavemente.

Clavó los ojos en el rostro de su ayudante.

—Algún bromista, ¿eh, Carl?

—No sé.

—Quizá tenga algún significado para vosotros, los de aquí. Yo soy nuevo.

Carl se frotaba el cogote mientras pensaba.

—No, señor Russell. Esa horca no tiene ningún significado para nosotros. A menos que…

—Dilo. ¿A menos que…?

—Que sea una simple broma de un chiquillo. Eso debe ser. Los niños estuvieron jugando y se dejaron la cuerda en el árbol.

Alex apoyó los dedos en la cicatriz de la frente. En esa posición preguntó:

—¿Ha llegado algún forastero, Carl?

—No, señor.

En ese momento se oyó una voz.

—¿Quién ha dicho que no, Carl?

Alex bajó la mano de la frente y miró al hombre que los interrumpía. Era Clenn, el dueño del establo que había cerca del *saloon* Dreyer.

—Llegó un forastero, *marshall*.

—¿Quién?

—No me dijo su nombre.

—¿Cuándo llegó?

—Hace más o menos dos horas. Me refiero al momento en que me dejó su caballo.

—¿Y adónde fue él?

—Me preguntó un hotel y yo le indiqué el de Joan Hudson.

—Nielsen —dijo Alex—, vete a hablar con ese forastero.

—¿Qué quiere que le pregunte?

—Todo. Cómo se llama y qué vino a hacer aquí.

—De acuerdo, jefe. Ahora mismo voy.

El ayudante se encaminó al hotel Hudson.

Entró en el negocio de Joan, que se encontraba barriendo el vestíbulo.

Joan, era una mujer de cincuenta años, gruesa.

—Buenos días, Joan.

—¿Cómo tan temprano por aquí? Elizabeth está durmiendo.

—No vengo por ella.

Elizabeth era una *girl* del *saloon* Dreyer; la chica de Nielsen.

—¿Por qué viene entonces?

—Por el forastero. ¿En qué habitación está?

—Le di la siete.

Carl subió la escalera.

—¿Hizo algo malo? —le preguntó Joan desde abajo.

—Todavía no lo sé.

Nielsen golpeó la puerta que Joan le había señalado.

—Puede entrar. Está abierto —le dijo una voz.

Nielsen entró y vio al hombre tendido en la cama, fumando un cigarrillo.

—Soy Carl Nielsen, ayudante del *marshall.*

—Tanto gusto.

—¿Cuál es su nombre?

—¿No lo vio en el registro?

—No, amigo. Preferí preguntárselo a usted. Conteste.

—Kirk Morgan.

A Nielsen no le dijo nada el nombre.

—¿Está de paso por Roseville, señor Morgan?

—Digamos que es eso. Aunque me quedaré unas horas. Hasta que haya resuelto un negocio.

—¿En Roseville?

—Sí.

—¿Qué clase de negocio?

—Voy a ahorcar a un hombre.

Nielsen movió la cabeza de arriba abajo, y luego se quedó inmóvil, cuando las palabras del forastero penetraron en su mente.

—¿Ha dicho ahorcar a un hombre?

—Sí, ayudante.

—¿Fue usted quien puso la horca en el roble?

—Fui yo, ayudante.

Nielsen parpadeó. Nunca se había encontrado en una situación tan extraña.

—¿Está usted… bien de la cabeza?

—Un doctor me reconoció hace tres meses, y me dijo que no había encontrado una persona más sana en toda su vida.

—Oiga, no comprendo una palabra. Usted no puede ahorcar a nadie aquí. Si alguien le hizo una faena, debe informarnos a nosotros, a las autoridades. Los representantes de la ley estamos para eso. Para imponer el orden y castigar a los delincuentes.

—Esta vez usted no puede hacer nada, ayudante.

—¿Por qué cree que no?

—Porque es a su jefe al que voy a ahorcar.

Nielsen se quedó otra vez sin habla.

Los ojos de Morgan estaban fijos en los suyos y el forastero seguía fumando tranquilamente, como si estuviese hablando con un amigo de algún asunto sin importancia.

Nielsen tiró del revólver, pero antes de que pudiese alzarlo, vio a Morgan que lo apuntaba con el suyo.

—Enfunde ese «Colt», ayudante.

Nielsen devolvió el revólver a la funda.

—No entiendo…

—Su jefe lo entenderá. Reúnase con él. Dígale quien soy y a qué he venido.

—Sí, señor.

—He venido a ajusticiarlo a él. De modo que usted se debe estar quieto, ayudante. No me obligue a matarlo también.

Nielsen tragó saliva.

—Ya puede marcharse —dijo Morgan—. Y dele recuerdos a su jefe de parte de Jack.

Carl salió de la habitación y al llegar al corredor se tuvo que apoyar en la pared. Nunca le había ocurrido nada parecido en toda su vida. Bajó la escalera y Joan le dijo:

—¿Ya viste al forastero?

—Sí, Joan.

—Parece un tipo extraño.

—Lo es, Joan. Nunca conocí a nadie más extraño.

Nielsen salió a la calle y se dirigió a la comisaría.

Alex estaba tras de la mesa.

—¿Y bien. Carl?

—Él dice que está sano, pero yo digo que está loco.

—¿Te refieres al forastero?

—Sí, jefe.

—¿Por qué crees que está loco?

—Fue el que puso la horca en el roble. Y me dijo para qué, señor Russell… Para ahorcarlo a usted.

Alex sintió un escalofrío.

—¿Cómo se llama ese forastero?

—Kirk Morgan.

Algo como una explosión se produjo en el cerebro de Alex. El Juez de la Soga.

¿Cómo no había establecido una relación cuando vio la horca colgando del roble? ¿Quién era él? Alex Bresson. Se había obsesionado en aquellas cuatro semanas con su respetable cargo de *marshall*, con su nuevo nombre, Bernard Russell. Ante los demás, Alex Bresson no existía, y de pronto, ahora mismo, su verdadero nombre adquiría su identidad enfrentado al apodo con que mucha gente conocía a Kirk Morgan *el Juez de la Soga*.

—¿Significa algo para usted, jefe? —interrumpió Nielsen sus pensamientos.

Nielsen era un estúpido. No tenía por qué darle explicaciones. Ni tampoco las podía dar.

—¿Qué más te dijo, Nielsen?

—Recuerdos de Jack.

—¿Cómo?

—Dijo que le diese recuerdos de Jack.

Alex se estremeció. Sabía el significado de aquel mensaje. El Juez de la Soga había ahorcado a Jack.

¿A qué se debía? Sólo podía ser por lo que hicieron en la granja: La mujer, el anciano, el niño… El esposo no estaba allí. Había ido al pueblo y luego debió volver y aquel tipo, Carroll, había contratado a Kirk Morgan.

—¿Qué más, Nielsen?

—Eso fue todo.

Así, pues, a eso se limitaba todo. A recuerdos de Jack. Pero no traía recuerdos de Paul y eso quería decir que lo había elegido a él, Alex, como segunda víctima. Aquel maldito tenía que estar muy seguro de sí mismo para haberle marcado su destino poniendo la soga en el roble.

—¿Le pasa algo, jefe?

—No, no me pasa nada.

—¿Qué va a hacer con el forastero?

—Vete al hotel, Nielsen.

—Oiga, me amenazó. Me dijo que si me metía en esto, me mataría también.

—No quiero que te mezcles, Carl.

—Entonces, ¿para qué quiere que vaya al hotel?

—Para vigilarlo. Si lo ves salir, vienes corriendo a avisarme.

—Sí, señor Russell.

Nielsen salió de la comisaría.

Al quedar a solas, Alex sacó una botella de *whisky* del cajón y bebió de ella un largo trago.

Ahora no podía perder la serenidad. Kirk Morgan era un tipo peligroso. ¿Quién no había oído hablar de él? Era un cochino justiciero que vengaba cosas como las que él, Paul y Jack habían hecho en la granja… Bebió otro trago y se sintió reconfortado por el *whisky*. ¿Por qué no iba en busca de Morgan y se enfrentaba con él de una vez por todas? No, no haría tal cosa. Sería tanto como aceptar el juego de Morgan. Quizá Jack había hecho eso, enfrentarse con Kirk Morgan. Jack era muy bueno con el revólver, y de nada le había servido porque el maldito Juez de la Soga lo había ahorcado.

Instintivamente, movió su mano hacia el cuello.

No, él no colgaría del roble. Si Paul estuviese a su lado… ¡Paul! Eso era. Paul y él se podrían enfrentar juntos a Morgan y estaba seguro de que entre los dos acabarían con él. Y Paul se había ido hacia California.

Morgan no podía imaginar que echase a correr, que huyese, siendo el *marshall* de Roseville. ¡Ésa era su ventaja! Y la tenía que aprovechar.

Bebió un nuevo trago y dejó la botella sobre la mesa. Se encaminó hacia la habitación que utilizaba como dormitorio. Allí, bajo una baldosa del suelo, guardaba el dinero. Se valió de una navaja para profundizar las ranuras de la baldosa. Luego hizo palanca y recuperó su parte en el botín al asalto del Banco James e Hijo.

Contó el dinero. No faltaba nada. Guardó los fajos en el bolsillo. El establo estaba detrás.

Fue allí, utilizando la puerta trasera, y ensilló su caballo.

Salió del pueblo y emprendió una fuerte galopada. Dobló la

cabeza y vio a lo lejos la soga que colgaba del roble.

—No, Morgan —dijo—. No es para mí.

Capítulo X

Alex tenía delante el desierto.

Llevaba tres días corriendo, alejándose de Roseville, y no había vuelto a tener noticias de Kirk Morgan.

Vio aparecer a un hombre montado en un asno. Era un viejo y llevaba las herramientas del buscador de oro.

El anciano también lo descubrió a él y fue a su encuentro.

—Buenos días, forastero. Soy Gary Brinton.

—Henry Cleveland.

—¿Hacia dónde va, Cleveland?

—Eso quería preguntarle, Brinton. Mi destino es California.

—¿Quiere cruzar por aquí?

—Usted me aconsejará.

—Entonces debe volver atrás.

—¿Por qué?

—¿Es que no ve el desierto?

—Lo estoy viendo desde hace rato.

—No trate de conocerlo, Cleveland.

—¿Qué extensión tiene?

—Demasiadas millas.

—Pregunté cuál es la extensión.

—Tendrá que estar una semana recorriendo ese infierno. Hacen falta muchas agallas para llegar a la otra parte.

—Yo las tengo.

—Muchos lo dijeron, pero no tuvieron oportunidad para llegar a la otra parte y comprobarlo. Si usted permite que un viejo le ayude, vuelva hacia El Paso. Aquel camino es el mejor. Cruza México y luego vuelve hacia el norte.

—No tengo tiempo.

—Todos decimos eso. Que no tenemos tiempo y entonces cometemos los mayores errores.

—Dígame dónde puedo encontrar agua.

—Hay un pozo a tres días de aquí. Ha de seguir siempre el rumbo oeste. Verá el pozo porque en sus proximidades hay muchos esqueletos de animales. Ni siquiera ellos pudieron escapar a ese infierno.

—Yo llegaré.

—Le deseo buen viaje.

—Gracias, abuelo.

Poco después, Alex empezaba a cruzar el desierto.

Llevaba dos grandes cantimploras llenas hasta los bordes. Él le ganaría al desierto, de la misma forma que le había ganado a Kirk Morgan.

Sonrió pensando en que Morgan no se atrevería a ir detrás de él por aquel infierno, como lo había calificado el viejo buscador de oro.

De vez en cuando volvía la cabeza y se tranquilizaba al no ver a nadie en la inmensidad que iba dejando a sus espaldas.

Llegó la noche y el frío se le metió en los huesos.

Se cubrió con una manta y no tuvo bastante. Bebió *whisky*, casi media botella. Estaba pasando tanto frío como aquella vez en que él, Paul y Jack tuvieron que meterse en un río cubierto de trozos de hielo para escapar de los yanquis.

Llegó otra vez el día y el calor aumentó rápidamente. Cuando llevaba un rato cabalgando, pensó que el aire era fuego y que el sol se derretía sobre el desierto.

Volvió la cabeza porque ya hacía tiempo que no miraba tras de sí.

El corazón le dio un vuelco al ver un punto oscuro a lo lejos.

Detuvo su caballo y lo obligó a dar la vuelta para observar con más atención aquel punto. Se puso la mano como visera para evitar el reflejo de los rayos sobre la arena.

Era un jinete. No tenía ninguna duda. Un maldito y condenado jinete. Debía ser Kirk Morgan.

Echó a correr su caballo y poco después lo notó cansado.

Ya había cometido un error. El caballo tenía que ir al paso, para no agotarlo.

Miró otra vez tras de sí y vio aquel punto más claro que antes.

Lo esperaría escondido en uno de aquellos hoyos. Tenía un buen rifle, un revólver y muchas municiones. ¿Y si disparaba por sorpresa?

Vio un farallón a unas cinco millas. Aquél era un buen sitio para tender una trampa al maldito Juez de la Soga.

Cabalgó hacia el farallón y desapareció tras de él.

Desmontó en seguida y ató las bridas a un arbusto reseco. Cogió su rifle y las municiones y subió por la empinada ladera.

Cautelosamente, se fue acercando al borde y miró por encima de las piedras.

El jinete se acercaba.

Se agachó sonriente. Kirk Morgan se iba a encontrar con una sorpresa como nunca había recibido.

Recargó el rifle y esperó tranquilamente. Al cabo de unos minutos, volvió a asomarse.

Sí, eso era lo que debía estar pensando Morgan. ¿No había huido de Roseville siendo *marshall*, cuando tenía todas las circunstancias a su favor para hacerle frente? Morgan no podía pensar que se detuviese para liarse a tiros con él.

Su enemigo estaba muy cerca, pero debía dejar que se acercase más.

«Sigue avanzando, Juez de la Soga. Aquí te espera Alex Bresson. Tú querías ahorcarlo, pero él te va a demostrar que es más listo que tú, Alex Bresson te meterá dos balas en el cuerpo y acabará con tu cochina vida de justiciero».

Ya estaba a la distancia justa para disparar el rifle. No fallaría.

Asomó el cañón, puso el dedo en el gatillo, apoyó la culata en su hombro e inclinó la cabeza. Buscó a su víctima en el punto de mira.

Hizo fuego.

El jinete se derrumbó de la silla y rodó por la arena.

Alex lo siguió con el rifle y disparó otra vez.

Vio cómo el cuerpo de Morgan saltaba en la arena y luego continuaba rodando hasta desaparecer en un hoyo.

Lanzó un grito de triunfo y se puso en pie, alzando al aire su rifle.

—¡Morgan! ¡Aquí me tienes, Morgan! ¿Dónde está tu soga? ¡No te veo la soga, Morgan!

Se echó a reír y lo hizo con tantas ganas que sus ojos se llenaron de lágrimas y éstas resbalaron por sus sucias mejillas.

—¡Te gané, Morgan! ¡Ya estás liquidado!

Bajó por la ladera y llegó junto a su caballo. Sacó la botella de *whisky* y le quitó el corcho. Continuaba riendo y el licor le resbaló por la barbilla y le manchó el pecho.

—¡Quiero verte, Morgan! —dijo.

Echó a andar llevando el rifle en una mano y la botella en la otra.

Dobló por el farallón, pero se detuvo un instante para beber un trago, y continuó andando mientras canturreaba.

De pronto vio un asno.

Parpadeó confuso. ¿Qué hacía aquel asno allí? No, no podía ser. Le parecía el asno que había visto el día anterior, el que cabalgaba aquel buscador de oro, el viejo Gary Brinton.

Echó a correr tambaleándose hacia el hoyo en donde había visto desaparecer al jinete.

Al llegar al borde del hoyo, vio al hombre que estaba en el fondo.

¡No era Kirk Morgan!

—¡Brinton!

Y el hombre que estaba allá abajo levantó la cara llena de arena. La sangre le manaba del pecho.

—Usted… ¿Por qué me disparó? Sólo quería ayudarlo… Pensé que usted nunca llegaría a la otra parte… Quise ayudarlo a cruzar este infierno…

Los ojos de Alex se iban agrandando por momentos.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Por qué?

Otra vez se había vuelto a obsesionar. Había visto un punto oscuro y luego un jinete y pensó que no podía ser otro que Morgan. Había sido el sol, el calor, aquella maldita reverberación, que lo había cegado tantas veces y ahora lo había hecho confundir de persona.

—¡Agua! ¡Un trago de agua! —oyó decir a Brinton.

—¡Maldito! ¡Tú fuiste el culpable! ¡Tú!

Dejó caer la botella de *whisky* en la arena y levantando el rifle se puso a disparar contra Brinton.

Habría bastado con la primera bala, que golpeó contra la cabeza

del anciano, pero Alex le metió en el cuerpo las balas de la recámara y el buscador de oro saltó una y otra vez en el fondo del hoyo.

Alex agotó sus balas y Brinton quedó abajo, como un muñeco, de bruces en la arena.

Alex jadeó entrecortadamente.

—Ya tienes lo tuyo, por estúpido.

De pronto algo zumbó por encima de su cabeza y una cuerda cayó sobre su cuello.

Se vio una soga en el pecho y sintió que todo el terror del mundo se apoderaba de él.

—¡No! —gritó mientras se volvía.

Entonces tiraron de la cuerda y cayó en la arena.

La soga le apretó el cuello y le quitó la respiración.

Abrió los ojos y vio frente a él al hombre que creía haber matado antes. Kirk Morgan.

El joven avanzaba recogiendo cuerda, manteniéndola tirante para que le siguiese apretando el cuello.

—¡Morgan!

—Sí, soy yo. Te he visto matar a este hombre desde el otro lado del farallón y no lo pude impedir.

—Creí que eras tú.

—Ya lo imaginé. ¿Cómo pudiste pensar que seguiría tus pasos? Tenía que sorprenderte y tracé un círculo para salir a tu encuentro.

Kirk llegó junto a él y le pasó la cuerda por las piernas y las manos y lo aseguró con varios nudos.

—¿Qué vas a hacer, Morgan?

Kirk no le contestó. Se acercó al asno y cogió las herramientas de Brinton, el pico y la pala, y se encaminó al farallón.

Alex lo vio desaparecer.

—¡Morgan! ¿Qué haces?

Tampoco Kirk le contestó.

Alex trató de librarse de sus ligaduras, pero Morgan le había hecho los nudos justos para que no se pudiese escapar.

Pasaron unos minutos y Morgan reapareció. Cogió el cuerpo de Brinton, se lo puso sobre los hombros y volvió a desaparecer tras el farallón.

Siguieron pasando minutos.

Morgan regresó. Cogió el extremo de la cuerda y tiró de ella arrastrando a Alex.

—¡Maldito seas! Me vas a romper la espina dorsal.

Kirk lo siguió arrastrando hacia un agujero que había cavado en la arena. Lo metió allí de pie y Alex se bamboleó de un lado a otro.

—¿Qué es esto? ¿Qué es lo que vas a hacer?

Morgan cogió la pala y empezó a llenar de arena el agujero en el que estaba metido Alex.

—¡No! ¡No me puedes enterrar aquí! ¡No me puedes enterrar vivo!

Kirk lo siguió cubriendo de arena hasta el cuello.

Luego cogió el extremo de la cuerda y lo llevó a los arbustos que crecían en la ladera del farallón.

Alex lo vio ir donde estaba el asno. Descubrió la sepultura de Brinton con una cruz, dos toscas ramas.

Volvió a ver a Kirk, que traía un recipiente provisto de una pequeña asa.

Morgan fue hacia el extremo de la cuerda y dejó caer en ella el contenido de la vasija.

Alex pudo ver lo que era. Miel.

Morgan avanzó hacia Alex dejando caer la miel sobre la soga.

Alex se horrorizó cuando dio con la respuesta de aquellos preparativos.

—¡No, Morgan!

Kirk continuó dejando caer la miel sobre la soga hasta que llegó a la cabeza de Alex y le volcó encima el resto del contenido.

Alex chilló mientras la miel le resbalaba por la frente, la cara y el cuello.

Kirk arrojó la vasija.

—¡Morgan, sácame de aquí! ¡No tienes más remedio que sacarme! ¿Y sabes por qué? En mi chaqueta tengo más de cuatro mil dólares.

Morgan pegó un silbido y su caballo se acercó.

Kirk sacó comida de la silla, descolgó la cantimplora y se sentó a la sombra.

Alex oyó un zumbido y miró el extremo de la cuerda que estaba en el farallón. Una masa blanquecina estaba subiendo por la soga. Hormigas gigantes.

—¡Morgan!

Kirk estaba comiendo un trozo de tocino y miraba hacia otro lado.

—¡Escúchame, Morgan! ¡Te ayudaré a cazar a Paul! ¡Él fue el culpable de lo que pasó en aquella casa! ¡Yo no hice nada! ¿Lo entiendes? Traté de evitarlo… Le dije a Paul que dejase a la mujer quieta… Así pasaron las cosas… Jack mató al viejo… ¡Yo no intervine! ¡Soy una buena persona!

Kirk bebió un trago de agua de la cantimplora y continuó comiendo tranquilamente su tocino.

Alex miró la cuerda. La masa blanquecina avanzaba por la soga y ya estaba a mitad de camino.

—¡Morgan! ¡No puedes consentir esto! ¡No puedes consentirlo!

Morgan sacó un trozo de pan y manejó el cuchillo para cortar un trozo. Se lo llevó a la boca y lo masticó.

—¡Tú eres un ser humano, Morgan! ¡No puedes dejar que las hormigas hagan esto conmigo! ¡Me estás asustando! ¡Es eso! ¡Confiésalo! ¡Me quieres asustar, Morgan!

Kirk terminó de comer porque se levantó y guardó la bolsa con los alimentos, la cantimplora, y metió el cuchillo en la funda.

Alex miró la soga.

—¡Morgan! ¡Ya están aquí! ¡Ya llegan!

Kirk montó en su caballo. No dirigió una mirada a Alex, sino al desierto, en la dirección de California.

—Sólo faltas tú, Paul —dijo.

Rozó con las rodillas los costados del caballo y éste echó a andar.

Detrás oyó la voz de Alex.

—¡Morgan! ¡Morgan! ¡Morgan…!

Pero el Juez de la Soga no volvió una sola vez la cabeza.

CAPÍTULO XI

Paul Willer, en su camino a San Francisco, llegó a Sacramento.

Cuando iba por mitad de la calle principal, dispararon desde una casa de la derecha.

El sombrero le voló de la cabeza al serle arrebatado por una bala.

Y luego dispararon de la izquierda.

Paul saltó de la silla y buscó el refugio de un callejón mientras los proyectiles silbaban por la calle.

Echó a rodar y fue a detenerse al lado de un hombre que tenía una estrella en el pecho.

—De buena se libró, forastero.

—¿Qué infiernos pasa, *marshall*?

—Charles Lang está peleando con John Raines.

—¡No me diga que se trata de dos hombres! ¿Con qué disparan? ¿Con ametralladoras?

El *marshall* rió con sarcasmo.

—Charles Lang y John Raines son los explotadores del vicio en la ciudad. Competidores, ya sabe. Uno tiene el norte y otro el sur. Cada uno de ellos quiere la parte del otro y de vez en cuando se lían a tiros.

—¿Y qué hace usted cuando eso ocurre, *marshall*?

El *marshall* tenía cincuenta años, bigote gris, ojos azules.

—Sólo tengo un ayudante.

—Conozco la historia. ¿Qué pueden hacer un pobre *marshall* y su ayudante contra un enjambre de pistoleros?

—Sí, forastero. Eso es. No pueden absolutamente nada. A propósito, ¿cuál es su nombre?

—Tony Allen —contestó Paul porque había decidido enterrar a

Paul Willer.

—Yo soy Bill Ferber.

—Tanto gusto, señor Ferber.

—Lo mismo digo, Tony. Si quiere un consejo, lárguese de la ciudad en cuanto pueda.

—Descuide, *marshall*, me marcharé. Mi destino no es Sacramento, sino San Francisco.

El tiroteo continuaba en la calle.

Un hombre cayó desde una ventana del lado de la derecha y en seguida cayó otro de un techo de la parte de la izquierda.

—¿Cuándo dan por terminada la lucha, *marshall*?

—Cuando llegan a los tres o cuatro muertos y a otros tantos heridos.

—¿Y qué pasa entonces?

—Cada bando se va a su sector a celebrar la victoria.

—De modo que no hay ningún derrotado.

—Es la realidad porque siempre están nivelados. Cuando termina la batalla, visito a Charles Lang y le digo que lo que hace está muy feo, y luego voy a ver a John Raines y le digo que lo que hace está muy feo.

—Y luego se marcha a dormir la siesta.

—Muchacho, no me recrimine. Las cosas están así y yo no puedo mejorarlas. En cuanto tratase de comportarme de otra forma, me colgarían como un pellejo.

En aquel momento, un carruaje cruzó la calle. En el pescante iba una joven que trataba de detener el caballo, indudablemente desbocado.

—¡Dios mío! —exclamó Ferber—. ¡Es Eleanor la cantante de Charles Lang! ¡La van a matar!

—Parece bonita.

—Oiga, Allen, ¿cree que es momento para juzgar si es bonita o fea?

Eleanor había logrado detener el caballo, pero éste levantaba los dos remos en el aire y el vehículo se había ido a detener en el lugar donde se estaba repartiendo más plomo.

Tony Allen se levantó y echó a correr.

—¿Adónde va, Tony? —gritó el *marshall*.

—Quiero verla de cerca.

—Vuelva acá. Está loco.

Paul no le hizo caso y continuó corriendo hacia el vehículo.

Antes de llegar, supo que Eleanor era hermosa y bella.

—Deme las bridas.

Eleanor se las dio.

Una bala se incrustó entre ambos.

—¿Qué hace ahí, Eleanor? ¡Al suelo!

—¡Me darán también!

—¡Tírese de cabeza en el interior!

—Me estropearé el vestido.

Paul estaba haciendo esfuerzos por adueñarse del caballo. Al fin lo consiguió y el animal salió disparado hacia adelante.

Corrieron por el centro de la calle hasta llegar al fondo, donde había un abrevadero. Entonces, Paul tiró de las bridas y fue frenando el impulso del caballo hasta llevarlo detrás de una casa.

Cuando el vehículo quedó inmóvil, la joven dio un suspiro.

—De menuda me libré.

Paul no decía nada. Estaba mirando el rostro femenino.

—Caramba, de lejos parecías fea.

—¿Qué dices ahora que estamos cerca?

—Que eres un bombón —Paul le echó los brazos encima—. Venga el premio.

—¡Eh! ¿Pero qué es lo que haces?

Paul la había rodeado por la espalda.

—Yo cobro todos los favores, monada.

Eleanor lo cogió de un brazo e hizo palanca con él.

Paul salió volando del pescante y cayó en el polvo.

—Muñeca, ¿qué forma de agradecer es ésa después que te he librado de la muerte?

—No me libraste de la muerte. Habría salido del atolladero por mis propios medios. Pero de todas formas te doy las gracias.

—¿Nada más?

—Te basta con eso.

Eleanor movió las bridas y el carruaje emprendió la marcha.

Paul se levantó del suelo sonriendo mientras seguía con la mirada del vehículo donde viajaba la bella Eleanor.

El tiroteo había acabado.

El *marshall* gritaba en medio de la calle.

—¡Samuel! ¿Dónde estás, Samuel?

Un hombre con la insignia de la autoridad en el pecho, salió del interior de un barril.

—A sus órdenes, jefe.

—¿Por qué te metiste ahí, Samuel?

—Porque me pasa lo mismo que a usted, jefe. Quiero tener nietos.

—Está bien, Samuel. Cuenta los muertos, y llévalos a la funeraria.

Paul se acercó al *marshall*.

—Dura vida la del representante de la ley.

—¿Todavía está aquí?

—Salvé a la bella Eleanor.

—Sí, ya vi cómo ella le escupía de su carruaje. Usted también se equivocó con ella, Allen.

—¿Por qué?

—Todo el mundo piensa que porque Eleanor es cantante de *saloon*, se le pueden arrancar besos y otras cosas.

—No me diga que es honrada.

—Lo es.

—La de sorpresas que se lleva uno.

—Eleanor iba para cantante de ópera. Una vez fue a Chicago y estuvo allí tres meses, pero escapó de la gran ciudad, jurando que no volvería a la civilización.

—Muy interesante.

—Y ahora, adiós, Allen.

—Creo que me voy a quedar.

—Dijo que iba a San Francisco.

—Pero la bella Eleanor me cautivó.

—Oiga, Allen, sería mejor que abandonase esa idea.

—¿Por qué?

—Charles Lang protege muy bien a Eleanor.

—No me diga que es un padre para ella.

—No, no es un padre.

—Menos mal.

—Se comporta con ella como si fuese su abuelo.

—Iré a hacerle una visita. ¿Por dónde cae su negocio?

—Por el norte.

—Hasta luego, *marshall*, y que le aprovechen los muertos.

El *marshall* soltó una arcada y Paul se echó a reír mientras se alejaba de él.

Paul recogió su caballo y lo dejó en un establo. Inmediatamente se dirigió al sector norte. Entró en el *saloon* sobre cuya fachada se leía el nombre de Charles Lang.

Reinaba un gran bullicio.

—¡Hemos ganado!

—¡Por nuestra victoria!

—¡Les hemos matado cuatro hombres!

Un pianista interpretaba una pieza al piano y un coro de *girls* y de hombres cantaban.

Al lado del mostrador había una puerta custodiada por un hombre que medía dos metros.

Paul se dirigió hacia aquella puerta.

El grandullón le interceptó el paso.

—¿Adónde vas, nene?

—Quiero entrar ahí.

—No puedes, nene. Están prohibidas las visitas.

—Necesito hablar con Charles Lang.

—Ahora está ocupado, nene.

—Me lo imaginaba.

Paul se miro la punta de las botas y, de pronto, soltó un derechazo al grandullón. Éste se desplomó y quedó apoyado en la pared con ojos bizcos.

—Perdona, nene —le dijo Paul y entró en el despacho.

Tres hombres estaban bebiendo champaña. Uno de ellos frisaba los sesenta años y Paul se imaginó que sería Charles Lang. El que estaba a la derecha, un pelirrojo, sacó el revólver con rapidez y apuntó a Paul.

—Charles —dijo—. John Raines te envía un asesino, pero yo lo voy a poner a tus pies como a un perro.

CAPÍTULO XII

Paul separó las manos del cuerpo.

—Eres un bocazas, pelirrojo. No soy un asesino, ni tampoco me envía John Raines.

—¿Qué hiciste con Goliat?

—Lo dejé bizco.

—¿Con una tubería de plomo?

—Con este puño que se ha de comer la tierra —dijo Paul y levantó la zurda.

—Pues la tierra se te va a comer el puño en unas horas, tipo vivo.

Paul miró al hombre de los sesenta años.

—¿Charles Lang?

—Sí.

—Mi nombre es Tony Allen y vengo a ofrecerle mi revólver.

El pelirrojo que tenía el arma en la mano, rió.

—Jefe, el fulano es un payaso.

—¿Tú crees, Pat?

—Conozco a esta clase de tipos. Se creen los amos del mundo y no son más que unos fanfarrones.

—¡Cuidado, Pat! —exclamó Paul—. ¡A tu espalda!

El pelirrojo Pat se volvió.

Fue un segundo, pero Paul tuvo bastante para escupir fuego de su «Colt».

El arma voló de la mano de Pat y éste se miró los cinco dedos asombrado porque no tenía un solo rasguño.

Charles Lang soltó una risotada.

—¿Qué te pasó, Pat?

Su empleado se puso rojo, haciendo juego con el cabello.

—Ya se lo dije, jefe. Era un truquista.

—Sí, pero un truquista muy bueno.

El otro hombre que hasta entonces no había hablado, un tipo al que le faltaba un trozo de oreja, sacudió la cabeza.

—Sí, Charles, creo que vale.

Charles Lang se adelantó hacia Paul tendiéndole la mano.

—Bien venido, muchacho.

Paul devolvió el revólver a la funda y cambió un apretón.

—Cobrarás cincuenta dólares al mes —dijo Charles.

—¿Y cuándo se supone que debo morirme de hambre?

Charles Lang soltó una risotada.

—Eso estuvo bueno, Tony. Subiré a setenta y cinco.

—Acepto.

—¿Sabes que tengo una lucha planteada?

—Me enteré cuando llegué a la ciudad. Justamente me fui a meter en las brasas, y el *marshall* Ferber me informó a qué se debían los fuegos artificiales.

—Tendrás oportunidad de comprobar que siempre estamos de fiesta.

—¿Y por qué no acaba de una vez con su rival?

Lang se quedó con la boca abierta unos instantes.

—¿Oyes eso, Frank?

Frank era el hombre al que le faltaba el trozo de oreja.

—Tony es un tipo impulsivo —sonrió con benevolencia.

—¿Solté un chiste, señor Lang? —repuso Paul.

—Sí, Tony, y fue bueno. ¿Crees que John Raines no ha tomado las mismas precauciones que yo? También él tiene un buen equipo de pistoleros. Las fuerzas están equilibradas.

—¿Cuándo está dispuesto a pagar porque yo las desnivele?

Hubo un silencio en la estancia.

—Ya te he dado un precio —rezongó Charles—. Setenta y cinco dólares al mes.

—Sí, pero ahora estamos hablando de una cosa distinta. ¿Qué pasa si yo consigo que usted se convierta en el único dueño de Sacramento? Usted ganaría ríos de oro explotando el vicio en la ciudad.

—Hablas como un *marshall*.

—Fue el *marshall* quien lo enfocó así y yo he utilizado sus

palabras para entendernos rápidamente.

—No te gusta perder el tiempo, ¿eh, Tony?

—No, señor. Mi tía Edith me dio un consejo.

—¿Y cuál fue?

—«Las cosas en caliente, Tony». Fue lo que me dijo. Yo he seguido su consejo desde entonces y me ha dado buenos resultados.

—Te voy a contar una historia, Tony.

—Adelante, señor Lang.

—Una vez contraté a un hombre para que matase a John Raines. Al día siguiente me lo enviaron en una caja de cartón, con un lazo. La caja no era muy grande.

—¿Se trataba de un enano?

—No, Tony. Era un hombre como tú, pero lo habían troceado para que cupiese en la caja. Y como John Raines es un tipo muy delicado, confió el trabajo a un carnicero.

—Ese asesino debía ser un tonto.

—No, Tony, era uno de los mejores en su profesión. Había hecho con anterioridad una docena de trabajos. Pero todavía no terminé mi historia. Al cabo de un tiempo contraté a otro asesino. Era mejor que el anterior. Había hecho trabajos primorosos en San Luis y en Nueva Orleáns. Le pagué el doble que a su predecesor.

—¿Y cómo se lo enviaron esa vez?

—No me enviaron nada.

—¿Nada?

—Quiero decir que no fue troceado.

—Vaya, qué suerte para él.

—Lo convirtieron en polvo. Sí, Tony, eso fue lo que hicieron. Lo incineraron. Me mandaron una botellita con un polvo blanco. La botellita tenía una etiqueta y en ella el propio John Raines había escrito: «Polvo eres y en polvo te convertirás».

—¿Ya terminó, señor Lang?

—Sí, ya terminé, aunque debo decirte que yo también cacé a un par de asesinos que Raines me mandó.

—¿Y qué hizo con ellos?

—Quise pagarle con la misma moneda. A uno lo enlaté y hasta hice una etiqueta especial. «Conservas de Charles Lang. Asesino en su propio jugo». Al otro lo devolví entero, pero se lo metí por la chimenea. Me enteré de que John tenía una reunión con sus

empleados para celebrar su cumpleaños. Naturalmente, le puse al muerto mi felicitación más cordial.

—Así que están empatados. Cada uno envió al otro, dos asesinos y ninguno adelantó nada. ¿No quiere que yo me ocupe de Raines?

—Hace tiempo que renunciamos a ese procedimiento. Raines y yo comprobamos que no servía. Ya lo viste, muchacho. Lograste entrar aquí, pero Pat te amenazó con el revólver.

—¿Y de qué sirvió?

Las palabras de Paul parecieron caer en un pozo, a juzgar por el silencio que siguió.

Charles Lang, el pelirrojo Pat y Frank Edison, se habían quedado de muestra.

Charles rompió aquel silencio con una de sus clásicas risotadas.

—Nos pegaste en la cresta, Tony. Tienes mucha razón. Desarmaste a Pat y pudiste disparar contra mí. Pero a ningún asesino se le ocurre entrar en la forma que tú lo hiciste. Por eso me confié. Yo creí en tus palabras, que venías a ofrecerme tu revólver. Por eso no ordené a Pat que te diese un concierto de gatillo. De modo que no sobreestimes tu actuación. Fue buena, pero nunca podrías llegar hasta John Raines para hacer lo que pudiste hacer aquí conmigo. Además, te falta conocer algo. En estos momentos, ellos ya saben que tú estás en este despacho… John Raines tiene espías en mi *saloon* y yo tengo espías en el suyo. Te habrán visto dejar fuera de combate a Goliat y entrar en el despacho y te han tomado las medidas. No, muchacho. No sirve. Tendrás que contenerte y esperar un momento mejor.

Paul hizo un gesto afirmativo.

—Como quiera, señor Lang.

Paul estaba pensando muy aprisa. Ésa era la virtud que más le enorgullecía. Su rapidez mental.

—Tony —dijo Charles Lang—. Frank Edison será tu jefe. Es mi brazo derecho.

—Encantado, Frank —dijo Tony, aunque en el fondo juró que obedecería muy poco tiempo las órdenes de Frank.

Aquel mismo día, antes de que Eleanor empezase su actuación, Paul llamó a su camerino y no esperó a que la joven le autorizase la entrada.

Eleanor dio un gritito porque se estaba poniendo una media.

—¿Tú otra vez, lobo?

Paul le enseñó los dientes.

—Ya sé dónde mordería, muñeca.

Eleanor se bajó la falda.

—Pues ten cuidado porque yo aprendí a cazar alimañas.

—Ah, ¿sí?

—Con veneno.

—Qué malas entrañas tienes. Llega un compañero tuyo al camerino para desearte buena suerte y lo recibes a puntapiés.

—¿Es que te has quedado aquí, con Charles Lang?

—Por culpa tuya.

Ella puso los brazos en jarras.

—No me metas en un asunto tuyo.

—Fueron tus ojos, tu piel, tus labios… —Paul le sonrió—. Demasiadas cosas para que un hombre como yo las pueda olvidar.

—Entonces pondremos las cosas claras desde un principio, Tony.

—Eso es. Dime que estás muertecita por mí.

—No eres mi tipo, Tony.

—¿Y quién es tu tipo?

Eleanor no respondió al momento. Dejó correr unos segundos y finalmente, dijo.

—Todavía no lo encontré.

Paul tuvo la impresión de que ella lo había encontrado y que por alguna razón lo había perdido. Ése era el significado de la vacilación de la hermosa joven. Sin embargo, le contestó:

—Celebro no tener un competidor, Eleanor. Me vas a querer.

—¿Es una orden?

—No, preciosa. Sé que en el amor no se puede ordenar, pero me las arreglaré para que suspires por mí.

—Eres simpático, Tony, pero eso no ocurrirá nunca.

—Ya veremos…

—Perdona, pero debo terminar de arreglarme para actuar.

—Allí fuera estaré yo para aplaudirte, muñeca.

La actuación de Eleanor fue sensacional. Los matones de la casa tuvieron que intervenir para que los clientes no se liasen a zarpazos con la seductora Eleanor. Pero a quien más sedujo fue a Paul Willer, y por ello, el rubio siguió fraguando un plan para convertirse en el dueño de Sacramento.

CAPÍTULO XIII

John Raines se estaba bañando. Era un hombre muy pulcro. Había hecho traer una bañera de San Luis.

Uno de sus criados, Max, se ocupaba de alcanzarle los cubos de agua.

—¿Con quién va a cenar esta noche, señor Raines?

—Con Mauren Young.

—Demonios. Mauren es todo un portento.

—Sí, Max…

—El mejor tipazo de mujer que tiene en el *saloon*. ¡Madre mía, qué piernas, y qué cuello y qué cintura…!

Raines se echó a reír mientras se enjabonaba la cabeza y la cara.

El criado Marx estaba de espaldas a la ventana, y por eso no pudo ver que ésta se abría silenciosamente.

Paul Willer estaba a la otra parte. Se había descolgado del tejado.

—¿Qué ordeno en la cocina para la cena, señor Raines? —preguntó Max.

—Pato relleno. A Mauren le gusta.

—¿Y para beber?

—Eso no se pregunta. Champaña.

Paul se introdujo por la ventana y avanzó hacia Max con un cordón de seda entre las manos.

—Max —dijo John—, dame ese cubo de agua.

Max no pudo darle nunca aquel cubo porque, en ese momento, Paul le pasó el cordón por la garganta y apretó con todas sus fuerzas.

Max no tuvo tiempo ni para gritar. Movió los brazos para librarse del cordón que lo ahogaba, pero no tuvo fuerzas para

levantarlos demasiado.

Paul siguió apretando hasta que notó que el cuerpo de Max se desmadejaba. Entonces lo dejó suavemente en el suelo.

—Max —dijo Raines—, te he pedido un cubo de agua. ¡Maldita sea, se me ha metido jabón en los ojos! ¡Date prisa!

Paul cogió el cubo y lo volcó sobre la cabeza de John Raines. Éste se restregó los ojos para quitarse el jabón.

Paul estaba detrás.

Raines abrió los párpados y se quedó perplejo al ver a su criado en el suelo.

—¿Qué te pasa, Max?

Paul le apoyó el cañón del revólver en la nuca.

Raines se estremeció de pies a cabeza.

—¿Quién hay ahí? —preguntó sin volverse.

—El cobrador de impuestos.

—No sé quién es.

—Ya se lo dije.

—Debe tener algún nombre.

—Para usted sólo tengo uno, Raines. Me llamo Muerte.

—No se precipite, muchacho.

—No me voy a precipitar. Hasta ahora hice las cosas bien. Y las acabaré bien.

—¿Debo entender que le pagó Charles Lang por hacer este trabajo?

—Charles Lang no sabe nada. Estoy obrando por cuenta propia.

—¿Por qué?

—He pensado que está muy mal lo que ustedes están haciendo en Sacramento. Siempre liados a tiros —Paul chasqueó la lengua—. Eso es indecoroso, señor Raines. Una comunidad, para que prospere, necesita la paz y yo le voy a dar la paz a Sacramento.

—Mil dólares.

—¿Mil dólares por qué, señor Raines?

—Porque me deje tranquilo, porque salga de aquí inmediatamente.

—No, señor Raines. Vine a su casa para ver cómo se bañaba y no me marcharé hasta que haya terminado su baño.

—No le entiendo.

—Lo comprenderá cuando se esté marchando al otro mundo.

—Cinco mil dólares.

—Valora en muy poco su vida, señor Raines.

—Diez mil.

—No, señor Raines. Y ya acabó la subasta. Ha sido adjudicado a Lucifer.

Así diciendo, Paul lo golpeó con el revólver en la cabeza.

Raines no llegó a perder el sentido, pero quedó atontado.

Paul le puso la mano en la cabeza y la hundió en el agua.

Raines, después del golpe, tenía muy pocas posibilidades para defenderse. No pudo ofrecer resistencia.

Paul tenía una sonrisa en los labios mientras salían burbujas del fondo de la bañera.

Por fin las burbujas cesaron. Paul continuó sumergiendo la cabeza de Raines por espacio de un minuto y luego retiró la mano.

La cabeza de Raines flotó, pero ya estaba muerto.

Paul hizo un saludo con la mano y se fue hacia la ventana, por donde salió como había entrado, sin contratiempos.

CAPÍTULO XIV

Charles Lang reía desaforadamente.

—Eres único, Tony. Nadie se hubiera atrevido a hacer una cosa así. Ahogar a Raines en su propia bañera.

—Debiste confiar en mí, Charles —lo tuteó también Paul—. Todos los asuntos se pueden resolver. Lo único importante es dar con el procedimiento adecuado.

—Tú diste con él, muchacho. Te estoy agradecido. Me has convertido en el dueño de Sacramento. Vas a recibir cinco mil dólares.

—Eres muy generoso, patrón.

—Y ya estás por encima de Frank.

El aludido, Frank Edison, enarcó las cejas. Paul se dio cuenta de ello y clavó sus ojos en los de Frank.

—¿Estás conforme?

Frank carraspeó.

—Desde luego. Estoy acostumbrado a obedecer a Charles. Si él dice que tú serás mi jefe, no hay inconveniente.

—Trato hecho, Frank —le contestó Paul.

—Voy a dar una vuelta por el *saloon*.

Frank salió del despacho.

Charles continuó riendo y comentó:

—Le ha sentado mal. Frank lleva cinco años conmigo y desde hace tres es mi lugarteniente.

—Parece buen chico, pero no tiene cabeza para ser un tipo importante.

Paul sacó una pastilla del bolsillo. La idea se la había dado Eleanor, sin ella saberlo, cuando días antes la joven le recordó que las alimañas se cazaban con veneno.

Charles Lang era ahora la mayor alimaña de Sacramento y eso se lo debía a él, Paul, porque había eliminado a su rival, a John Raines.

Se acercó a la mesa y como si no se diese cuenta, tiró una carpeta con el codo.

—Perdón, jefe.

Charles se agachó para recoger la carpeta.

Paul aprovechó aquel momento para dejar la pastilla en la copa de champaña de su patrón.

Charles puso la carpeta en la mesa.

—Tengo que hacerte una advertencia, Tony, y espero que no lo tomes a mal.

—No te preocupes. ¿De qué se trata?

—De Eleanor. Me he dado cuenta de que la miras con mucha insistencia.

—¿Está prohibido?

—No, no puede estar prohibido que mires a una mujer hermosa.

—Te quedas corto, Charles. Ella es la mujer más deseable que he conocido en mi vida.

—Pero es fruto vedado.

Paul miró con ojos fríos a Lang.

—¿Eres tú su dueño, Charles?

—No.

—¿Entonces?

—Esa chica no es de nadie.

—Eso quiere decir que está libre.

—Quiero que continúe libre.

—¿Por qué?

—Eleanor me dijo que si era molestada por mí o por uno de mis empleados, se largaría. Y no quiero perderla. Es una gran chica y el mejor número de Sacramento. Los clientes se vuelven locos por ella. Ya lo ves. Cuando Eleanor actúa, nuestros matones trabajan de firme.

—Estoy de acuerdo, Charles.

—¿De veras?

—No tienes que preocuparte por mí. Dejaré en paz a Eleanor.

—Me alegra que digas eso, Tony —Charles sonrió—. La verdad es que me tenías preocupado. Pensé que te habías enamorado de

Eleanor y que no darías tu brazo a torcer.

—¿No te diste cuenta de que yo soy un tipo comprensivo? —le sonrió también Paul.

—¿Brindamos por nuestra amistad?

—Seguro.

Chocaron las copas y bebieron.

—Voy a ganar mucho dinero, Tony —dijo Charles—. Esto era un buen negocio, pero ahora, con el monopolio de los locales en Sacramento, me haré millonario. No tengo hijos. Si me eres fiel, recibirás tu premio. Desde luego no pienses que vas a heredarme en seguida.

—¿Heredarte?

—Eso estoy diciendo, muchacho. Me acabas de hacer el favor más grande al quitarme de enfrente a John Raines y yo soy agradecido. Frank ha estado mucho tiempo conmigo y no se le ocurrió poner en práctica una idea como la tuya. Sí, Tony, continúa a mi lado, pórtate bien, y algún día cosecharás el fruto.

Paul estuvo a punto de echarse a reír. No, él no era de los que esperaban. Tenía prisa por retirar la cosecha.

Charles se llevó la mano al estómago e hizo una mueca.

—¿Qué te pasa, Charles? —le preguntó Paul.

—No me encuentro bien.

—¿Desde cuándo?

—Ha sido de pronto…

—¿Quieres que llame al doctor?

—Sí, será mejor.

Paul echó a andar hacia la puerta, pero lo hizo con lentitud porque sabía que los segundos de Charles estaban contados.

—¡Tony! —le oyó gritar.

Lo vio incorporado en su sillón, las manos apoyadas en la mesa, la cara congestionada.

—¡Tony! ¡Me muero…!

Paul no hizo nada por ir a su lado.

Charles se derrumbó sobre la mesa, resbaló y cayó en el suelo.

Paul continuó al lado de la puerta y encendió un cigarrillo. Entonces abrió sin prisa. Vio a Frank en el mostrador.

—Eh, Frank, ven acá.

Frank entró en el despacho y al ver a Charles corrió a su lado.

—¿Qué pasó?

—Le dio un ataque.

—¡Está muerto!

—Sí, el pobre Charles no pudo resistir la emoción de verse solo en Sacramento. Ahora estoy arrepentido de haber liquidado a Raines. Hacía muy pocos días que conocí a Charles y le tomé cariño. No somos nadie. Das una buena noticia, ¿y qué es lo que pasa? Que a un hombre le puede fallar el corazón.

Frank se levantó.

—Me ocuparé del entierro.

—Bien hecho, Frank. Hace un momento, Charles me decía que te tenía mucho afecto.

—Yo también se lo tenía.

Frank se dirigió hacia la salida.

—A propósito, Frank —lo detuvo Paul—. Charles me habló de otra cosa. De lo agradecido que me estaba por quitarle a Raines de en medio. Me nombró su heredero. Naturalmente, se refería a un futuro lejano. Qué cosa, ¿eh? Charles me decía: «Algún día me heredarás, Tony, pero no creas que va a ser ahora porque voy a vivir muchos años». —Paul hizo una pausa—. Y ya lo ves. Se cayó muerto. Nunca sabemos cuál va a ser nuestro destino, ni en qué momento nos visitará la muerte. Un peso enorme va a caer sobre mis hombros. Charles heredó lo de Raines y ahora yo heredaré todo lo de Charles. Necesitaré un hombre que me ayude a sobrellevar esta pesada carga. ¿Quieres ser ese hombre, Frank?

Su interlocutor permaneció unos instantes en silencio y luego movió la cabeza.

—Sí, patrón. Yo seré ese hombre.

—Gracias, Frank. Preocúpate de que Charles tenga muchas flores. La corona más grande ha de llevar unos crespones en donde se diga: «A Charles, del hombre que lo quiso como un hijo, Tony Allen».

CAPÍTULO XV

Habían pasado seis días desde la muerte de Charles Lang.

Paul estaba contemplando su propia imagen en el espejo. El sastre le había hecho siete trajes y se estaba probando uno de ellos.

—Está hecho un maniquí, señor Allen.

Paul le pegó un bofetón en la cara.

—No me compares con un maniquí, Victorio.

—Se lo decía como halago.

—Yo soy muy hombre.

—Desde luego, señor Allen. La verdad es que yo no he visto a ningún hombre como usted, me refiero a sus hombros, a su cintura, a sus piernas.

—Cállate o te saco los dientes. Esas cosas sólo se dicen a las mujeres.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Goliat, que ahora estaba al servicio de Paul, abrió y dijo:

—Señor Allen, es Eleanor.

—Que pase. Todos los demás fuera.

Entró Eleanor y el sastre Victorio y Goliat salieron del despacho.

Tony sonrió a la joven.

—Estás más hermosa que ayer.

—Pues resulta difícil porque tengo una jaqueca.

—Sé curar jaquecas.

—Ya conozco el truco.

—¿Qué truco?

—Te acercas a mí y te pones a darme besos y luego dices: «Nena, ¿te aumento la dosis?».

Paul se echo a reír.

—Eres sensacional, Eleanor. No hay derecho a que descubras

todas las armas que uno esté dispuesto a emplear contigo para conquistarte.

—Ya te dije que no me conquistarías.

—Déjame que lo intente.

—No.

—Quiero casarme contigo.

La joven se quedó en suspenso.

Paul fue a su lado y la tomó por los brazos.

—Has oído bien. Yo, Tony Allen, dueño de todos los negocios de bebidas de Sacramento, pide la mano de la bellísima señorita Eleanor Lewis.

—Me siento muy honrada.

—Os declaro marido y mujer —dijo Paul y la besó en la boca.

Ella le puso las manos en el pecho y lo apartó.

—Te has precipitado, Tony.

—Es cierto.

Se alejó de ella y abrió un cajón de la mesa, de donde sacó un estuche.

—Toma, esto es para ti.

La joven abrió el estuche y se quedó asombrada al ver un anillo de brillantes y un collar de perlas.

—Tony, esto te debe haber costado una fortuna.

—Tú te lo mereces.

—Pero todavía no te he contestado. Tú lo dijiste todo.

—Si no me diste la respuesta, me la puedes dar ahora.

—Estoy aturdida…

—Muy bien. Te concederé un poco de tiempo para que lo pienses. Por ejemplo, cinco segundos.

—No me refería a mí.

—¿A qué te refieres entonces?

—A los rumores que circulan por ahí sobre la muerte de John Raines. Dicen que lo mataste tú.

—No, dulzura. Yo no tuve nada que ver.

—A Raines lo ahogaron en la bañera.

—Sí, es cierto. Pero te puedo informar acerca de eso. Charles Lang trajo a un hombre de fuera para cometer el crimen y hasta te puedo decir lo que le pagó. Mil dólares. Yo no lo supe hasta que Charles me lo contó poco antes de que él sufriese el ataque al

corazón.

—¿Por qué te nombró entonces su heredero?

—Es la mar de sencillo. Después de conocerte, tomé la decisión de trabajar para tu patrón. De esa forma estaría más cerca de ti. ¿No te contó nadie lo que pasó?

—Sí, dejaste fuera de combate a Goliat, entraste en este despacho y le hiciste una demostración de revólver a Charles.

—Exacto. Eso fue lo que pasó. Convencí a Charles de que yo era el hombre que le convenía. Seguí haciéndome el imprescindible para él y llegó el momento en que decidió que yo podía ser su segundo de a bordo. Ahí lo tienes explicado, Eleanor. Admito que he tenido mucha suerte, pero lo más curioso es que todo te lo debo a ti. Decidí quedarme en Sacramento cuando mis ojos se tropezaron con los tuyos.

La joven se apretó las sienes.

—Tengo que actuar, Tony.

—Después cenaremos juntos y me darás tu respuesta. ¿De acuerdo?

—Sí, Tony.

Ella le alargó el estuche.

—Toma.

—Quédatelo, Eleanor.

—Será mejor que lo tengas tú, por lo menos hasta la cena.

—Como quieras —sonrió él.

La joven salió de allí confusa. Era cierto que se había dicho un millar de veces que no se casaría, y que ningún hombre lograría dominarla, pero nadie había sido tan insistente como Tony, ni tan rápido. Bueno, mentía. Hubo uno que se adueñó de su corazón, pero eso había pasado un millón de años atrás. Sí, los días de felicidad quedaban lejos, muy lejos. Abrió la puerta del camerino. Un hombre estaba sentado en una silla.

—Hola, Eleanor.

Eleanor tuvo la impresión de que la sangre se helaba en sus venas. ¡No podía ser! Justamente unos segundos antes había pensado en él. En aquel hombre que durante algún tiempo fue el dueño de su corazón, con el que pasó los días más felices de su vida.

¡Y allí estaba él!

—Hola, Kirk.

Kirk Morgan se levantó de la silla.

—Estás muy bonita, Eleanor.

—Eres muy amable…

—Perdona que entrase en el camerino. Pregunté por ti y me dijeron que no tardarías en llegar. Les dije que éramos dos viejos amigos.

Eleanor se estaba reponiendo de aquella emoción. Muchas veces se había preguntado qué le pasaría si viese otra vez a Kirk Morgan. Lo había buscado en la calle, donde quiera que estuviese, en Kansas City, en Abilene, pero nunca lo encontró y se había dicho que, si eso llegase a ocurrir, ella miraría para otra parte.

Pero nunca pudo imaginar que su reencuentro ocurriese de aquella forma, en su propio camerino.

—¿Sigues siendo el Juez de la Soga?

—Así me continúan llamando.

—¿Y quién te dijo que yo estaba en Sacramento?

—Nadie.

—Qué tonta soy, Kirk. Por un momento pensé que habías venido por mí. Pero ya comprendo, estás aquí para cumplir una de tus misiones.

—Sí, he venido a Sacramento a ahorcar a un hombre.

Eleanor sintió un escalofrío. Se apretó los brazos con las manos.

—¿Por qué me lo has dicho, Kirk?

—Tú me preguntaste.

—Tienes razón —forzó una sonrisa—. ¿Sabes? Llegas a tiempo de felicitarme.

—¿Por qué?

—Me voy a casar.

Eleanor se asombró de haber hecho aquella declaración cuando minutos antes se encontraba indecisa. Y ahora, ante la presencia de Morgan, había decidido aceptar a Tony como esposo. Las palabras habían brotado de su boca espontáneamente.

—Enhorabuena, Eleanor.

—Gracias. Espero que te quedes para la ceremonia.

—No sé si podré.

—Una vez hayas hecho justicia con el hombre que vas a ahorcar, tendrás otro trabajo.

—Sí, Eleanor.

Kirk se encaminó hacia la puerta. Se volvió con la mano en el tirador.

—Eleanor, yo acudí a la cita.

—No sé a qué cita te refieres.

—Teníamos que encontrarnos en Amarillo. Admito que llegué cinco días más tarde de lo acordado, pero estuve allí. Tú te habías cansado de esperar y te marchaste.

Eleanor se quedó sin palabras. ¡Dios mío! Kirk había acudido a la cita, y ella pensó que él sólo había tratado de burlarla.

—Celebro que me hayas olvidado, Eleanor —habló otra vez Morgan—. Tu vida a mi lado habría sido un infierno. Los dos íbamos a cometer un error. Yo no podía tener una esposa, y menos un hogar y unos hijos. Lo pensé mucho y llegué a la conclusión de que hiciste bien en no esperarme… Ese hombre con el que vas a casarte es el que te conviene. Te deseo toda la felicidad del mundo.

Kirk salió del camerino.

Eleanor vio la puerta cerrarse y quedó más sola que en ningún otro momento de su vida. Tenía la sensación de estar vacía. Se dejó caer en la silla. Casi no lo podía creer. Kirk Morgan había estado allí, hablando con ella.

Llamaron a la puerta.

—Eleanor, faltan dos minutos para comenzar tu número.

Tuvo que sobreponerse para cambiar de ropa.

En un cajón tenía una botella de *whisky*. Nunca bebía, pero ahora lo necesitaba. Bebió un trago, otro, un tercero…

Llamaron otra vez a la puerta.

—Te están esperando, Eleanor.

—Ya voy, Bob.

Al llegar al *saloon*, la recibieron con las ovaciones y los gritos de siempre.

Se puso a cantar.

De pronto descubrió a Kirk Morgan en el mostrador y por un momento se interrumpió, pero continuó la canción al ver que Tony Allen salía de su despacho.

Allí estaban los dos hombres sobre los que giraba su vida. Kirk Morgan, el único hombre del que había estado enamorada, y Tony Allen, el hombre que la había pedido como esposa.

Terminó de cantar y Tony se adelantó hacia ella.

—Cariño, has estado maravillosa… La cena está preparada. En cuanto termines la próxima canción, vienes al despacho.

—Primero he de cambiarme.

—Como quieras.

Tony la dejó para que cantase.

Otra vez las ovaciones se sucedieron cuando acabó su canción, y se dirigió al camerino.

Kirk estaba en el corredor.

—Quiero hablar contigo, Eleanor.

—Creí que ya habíamos terminado, Kirk.

—Ese hombre, el que te felicitó cuando terminaste la primera canción, tu patrón… ¿Es con quien te vas a casar?

—Sí.

—No, Eleanor. No puedes casarte con él.

—¿Por qué no? ¿Por qué tú no quieres?

—No es ésa la razón. Es que justamente ese hombre es el que yo vine a ahorcar a Sacramento.

Kirk dio media vuelta y se alejó de Eleanor.

CAPÍTULO XVI

Eleanor se cambió muy nerviosa y salió del camerino. Al cruzar el *saloon* buscó con la mirada a Kirk Morgan, pero no lo encontró.

Goliat le hizo un saludo y le abrió la puerta de la oficina de Paul.

Habían dispuesto la mesa para la cena en medio de la estancia.

Paul, sonriente, le salió al encuentro.

Intentó besarla en los labios, pero ella dobló ligeramente la cabeza y la besó en la mejilla.

—Eleanor —dijo él—, mientras cantabas me sentí lleno de orgullo. Veía las caras, la forma en que te miraban… Y una voz interior me decía: «Esa mujer es tuya, Tony. Esa mujer que admiran todos, sólo será para ti».

Eleanor se convirtió en un bloque de hielo. Todavía no había contestado a Tony. Pero no había dado ya su respuesta ¿a Kirk Morgan? ¿No le había dicho a Kirk que se iba a casar? Y luego Kirk le salió al encuentro para decirle que Tony era su víctima.

Se sentaron a la mesa y dos camareros sirvieron la cena.

—Tony —dijo ella cuando se quedaron a solas—, ¿qué eras antes de llegar a Sacramento?

—¿Cómo?

—Me refiero a tu profesión.

—Fui soldado. Luché con el ejército de los vencidos.

—Pero la guerra terminó hace mucho tiempo.

—Me metieron en un campo de concentración.

—¿Y después?

—Logré escapar.

—Y ¿adónde fuiste?

—Empecé a viajar hacia el Oeste.

—¿Solo?

—No, iba con otros dos compañeros. Grandes muchachos. Hicimos parte de la guerra juntos.

—¿Qué fue de ellos?

—Nos separamos.

—Creí que los camaradas de guerra mantenían su unión. Es lo lógico después de haber pasado tantas vicisitudes juntos.

Paul arrugó el entrecejo. Había empezado a contestar a Eleanor con absoluta naturalidad, y ahora se daba cuenta de que ella quería llegar más lejos. ¿Por qué? ¿Qué alcance tenían sus preguntas?

—Mis amigos y yo teníamos planes distintos. Nos convenía la separación. Muchas veces, es la única forma de conservar la buena amistad. Dos personas que se tienen afecto terminan por reñir. Es cuestión de tiempo. Pero mis amigos y yo no dimos oportunidad a eso. Siempre conservaremos un buen recuerdo, y estoy seguro que cualquiera de nosotros ayudaría a aquel que se encontrase en mala situación. ¿Por qué? Porque nuestro afecto continúa siendo el mismo, profundo, sincero.

—¿Qué hicisteis tú y tus amigos, Tony?

Hubo un silencio.

Eleanor había llegado a la conclusión de que, si Tony y sus dos compañeros se habían separado, era porque habían realizado algo juntos. Algo que estaba castigado por la ley. Conocía bien a Kirk Morgan y sabía que sólo aceptaba encargos de aquella clase. Tony y los otros dos habían sido prisioneros y los prisioneros, cuando escapaban, no tenían dinero. Y los tres habían tenido que cruzar el país de parte a parte para impedir que fuesen otra vez atrapados.

Tony se levantó de la mesa. Estaba muy serio.

—¿Quién es el hombre con el que hablaste, Eleanor?

—No sé a qué hombre te refieres.

—Al que entró en tu camerino. Y ya lo estropeaste, preciosa. Di orden a mis hombres para que te vigilasen. Naturalmente lo hice porque no quería que uno de tus admiradores te ocasionase disgustos. Y me dijeron que el hombre que entró en tu camerino no era conocido, pero él se presentó diciendo que erais dos viejos amigos.

Eleanor también se levantó.

—Perdona, Tony, pero mi jaqueca aumentó.

—¡Qué pena!
—Hablaremos mañana.
—No, querida, vamos a hablar ahora.
En aquel momento llamaron a la puerta.
—¿Quién es?
—Frank. Es urgente, jefe.
—Pasa, Frank.
El lugarteniente de Paul entró en la oficina y cerró la puerta tras de sí.
—Alguien acaba de identificar al hombre que habló con Eleanor, jefe. Se llama Kirk Morgan.
—¿Te refieres al Juez de la Soga?
—Sí, jefe, es el mismo.
Paul clavó los ojos en el bello rostro de Eleanor.
—¿Qué clase de amistad tienes con ese hombre, querida?
—Ya lo dijo él. Fuimos viejos amigos.
—¿Y vino por ti?
—Sí, Tony —mintió Eleanor—. Quiere casarse conmigo.
Paul se echó a reír.
—¡Qué divertido! En un mismo día recibes dos peticiones de mano. ¿Y qué le contestaste?
—Que no me casaré con él.
—Entiendo. Llegó tarde porque yo me adelanté.
—Tampoco me voy a casar contigo.
—Paul sacudió la cabeza.
—De modo que, ya lo decidiste… No estabas tan segura antes de que vieses a Kirk Morgan en tu camerino.
—Lo estaba, pero no me dejaste hablar. Recuerda que no me comprometí a nada. Sólo a pensarlo.
Frank intervino.
—¿Puedo hablar, jefe?
—Sí, Frank.
—El forastero Kirk Morgan estuvo haciendo preguntas al llegar. Las hizo en dos de los establos. Preguntó por un tal Paul Willer y dio una descripción. Lo siento, jefe, pero la descripción corresponde a la tuya.
Paul apretó los maxilares.
—Yo soy Paul Willer, Frank.

—No quiero hacerte preguntas, jefe. Admito que un hombre pueda cambiar de nombre, pero si Kirk Morgan está en Sacramento por ti, sólo puede significar una cosa. Que ha venido a ahorcarte.

—Es una correcta conclusión, Frank —sonrió otra vez a la joven—. ¿Qué opinas tú, Eleanor?

—¿Qué fue lo que hiciste?

—Frank —dijo Paul—, reúne a los hombres. Kirk Morgan ha de estar muerto esta noche. Cuanto antes. Daré un premio de cinco mil dólares al que lo liquide.

La joven echó a andar hacia la puerta.

—Hasta mañana. Tony.

Paul la cogió por el brazo y la hizo girar bruscamente.

—No te he dicho que te marches, Eleanor.

Ella levantó la barbilla.

—No acepto tus órdenes.

—Tienes que aceptarlas porque trabajas para mí. Y mi orden es que te quedes. Y para que no te aburras te contaré mi historia. Me has preguntado muchas veces acerca de lo que hice. Lo vas a saber.

—De acuerdo. Me quedo.

—Frank, pon dos hombres en esa puerta. Diles que en cuanto vean aparecer a Kirk Morgan, disparen sobre él sin preguntar.

—Sí, Tony.

Frank salió de la oficina.

Paul fue a la mesa y cogió su copa.

—¿No bebes, querida?

—No.

—Me gusta el champaña. Juré que lo bebería siempre que quisiese, y para ello ya sabes que hay que llegar muy alto. El champaña es caro.

—Has dicho que me ibas a contar tu historia.

—Oh, sí, perdona. Me distraje por un momento. Mis dos compañeros, los que huyeron conmigo del campo de concentración, asaltaron una granja. Mataron a algunas personas. Yo no estaba con ellos. Cuando me lo contaron, quedé horrorizado. Por eso decidí separarme de ellos. Y ahora tu amigo, ese maldito Juez de la Soga, me ha incluido entre los hombres que él debe ahorcar.

—Tú estabas con ellos.

—¿Qué es lo que has dicho?

—Tomaste parte en aquella atrocidad.

—¿Te lo dijo él?

—No. Kirk sólo dijo que tú eras el hombre que él había venido a ahorcar.

—¿Por qué no me crees?

Eleanor no contestó.

Paul rió con suavidad y luego con más fuerza.

—Yo lo sé, Eleanor. Yo sé por qué le creíste a él. Porque estás enamorada de Kirk Morgan. Ahora lo comprendo. Sí, nena, me pareció muy extraño lo que dijo Charles Lang de ti… Que eras honrada. Que no habías ligado con un solo hombre. Prácticamente, me dijo que los odiabas. Y ahora ya conozco la razón de tu actitud… Te enamoraste de Kirk Morgan y él te dejó. Así se explica por qué una mujer llega a aborrecer a los hombres. Lo quisiste mucho, ¿verdad, Eleanor?

—Sí.

—Gracias por reconocerlo —Paul apretó los dientes y dejó escapar las palabras por entre ellos—. Hoy tu amado Kirk estará muerto.

En aquel momento se oyeron varios estampidos.

Eleanor lanzó un grito y se mordió un puño.

—Te quedaste sin tu Kirk —dijo Paul.

Pero pasó el tiempo y nadie entraba.

Se oyeron más estampidos.

Paul sacó el revólver.

—¿Qué infiernos pasa?

La puerta se abrió y Frank entró tambaleándose. Tenía un boquete en el pecho.

—Morgan —dijo—. Es el diablo.

Luego se desplomó.

Paul pudo ver otros dos hombres en el corredor. Estaban tendidos en el suelo. Se acercó al hueco de la puerta.

—¿Hay alguien ahí?

Nadie le contestó.

—¡William! ¡Peter! ¡Barton!

Ninguno de aquellos hombres le dio respuesta.

—Buenas noches —dijo una voz a espaldas de Paul y Eleanor.

Paul se volvió para disparar, pero Kirk hizo fuego antes.

Paul soltó un chillido porque la bala le había atravesado los dedos haciéndole perder el revólver.

Miró con ojos desorbitados a Kirk Morgan, que había entrado por una puerta adyacente.

Eleanor estaba pálida, inmóvil, sin despegar los labios.

—Paul —dijo Kirk—, tú, Jack y Alex matasteis a una mujer después de abusar de ella, matasteis a su hijo de nueve años, matasteis a un anciano…

Eleanor miró a Paul horrorizada.

Morgan prosiguió:

—Jack y Alex recibieron el castigo. Ahora te toca a ti. Sal, Eleanor.

La joven echó a andar y salió de la habitación. Quedaron a solas Paul y Kirk.

—Morgan —dijo Paul con voz ronca—, soy el dueño de Sacramento. Me han bastado unos días para conseguirlo. Tú y yo podemos hacernos millonarios.

Kirk atrapó el cordón de una de las cortinas que cubrían las ventanas, y tiró con fuerza.

Paul agrandó los ojos al ver el cordón en las manos de Kirk.

—¡No, Morgan! ¡No lo harás!

—Fuiste juzgado y condenado.

Kirk echó a andar hacia Paul. Éste se volvió para escapar, pero Kirk saltó sobre él y le pasó el cordón por el cuello.

Morgan tenía mucha destreza para hacer nudos y lo demostró ahora porque de nada le valió a Paul su forcejeo.

—¡No, Morgan! ¡Piedad! ¡Piedad!

—Tú no la tuviste con aquella mujer, con aquel niño, con aquel anciano. Ni tampoco con el banquero James, con el vigilante ni con el *marshall* de Las Cruces… Y me enteré de lo que hiciste aquí… Te conozco bien y puedo asegurar que ahogaste a John Raines en la bañera, y también puedo jurar que mataste a Charles Lang. No, tú no tuviste piedad con nadie, Paul. A todos los mataste a sangre fría.

Mientras hablaba, Morgan subió a una silla y pasó el extremo del cordón por la argolla de la lámpara.

Luego saltó de la silla y dio un tirón fuerte.

Paul quedó colgando.

* * *

Kirk entró en la habitación donde se encontraba Eleanor, en el hotel donde ella vivía.

—¿Vienes a despedirte?

—No, Eleanor. Vengo a pedirte que te cases conmigo.

—Dijiste que un hombre como tú no podía casarse.

—Ya terminé mi trabajo.

—Tenías uno pendiente.

—El *marshall* me acaba de dar una noticia. El hombre que tenía que perseguir murió en una reyerta, cerca de aquí… Y ya no aceptaré ninguna misión. También yo estoy cansado. Necesito paz. Quiero tener un trozo de tierra para cultivar, una casa, y sobre todo, necesito una esposa…

Eleanor se echó en brazos de Kirk con los ojos arrasados en lágrimas.

Él la estrechó contra sí y unieron sus labios.

Y ése fue el final de Kirk Morgan como Juez de la Soga.

FIN